

LA MUERTE TIENE OCHO BRAZOS

ADA CORETTI

Según otros, la condesa vio que su marido sospechaba algo y de forma precipitada decidió huir, llevándose la joya puesta.

Anduvo a lo largo del acantilado, rocoso, indómito, bravío, descendiendo finalmente a ese trozo de la costa que, desprovisto de rocas, formaba una pequeña y arenosa cala.

Estaba dispuesta a impedir que su marido la detuviera. A tal fin, había cogido un afilado cuchillo.

Y fue entonces, según esta segunda versión de los hechos, cuando surgió, de una gruta incrustada en el acantilado, un horrible y gigantesco pulpo.

Con los pies entre la espuma de las olas, la condesa gritó espantada, despavorida, sintiendo que le flaqueaban las piernas. Temiendo caer desvanecida.

El pulpo se fue acercando a ella.

Ella quiso correr. No pudo. En absoluto. Se había quedado como paralizada.

Los tentáculos del monstruo la apresaron.

Ella reaccionó entonces, debatiéndose. Pero no le era dado oponer más fuerza que la de un pobre gusano.

No obstante, en un momento dado empuñó con fuerza el cuchillo y rasgó la piel del pulpo, entre ojo y ojo, con todas sus fuerzas, dejando allí un profundo surco.

Pero fue como si nada hubiera hecho. El monstruo no acusó la herida. Y siguió apretando sus ocho tentáculos, despiadadamente, hasta descoyuntarla, hasta romperle todos los huesos, hasta dejarla hecha cisco.

Luego, dicen… que el pulpo se llevó el collar. Menos ocho brillantes que se soltaron y quedaron sobre la fina arena de la cala.



Ada Coretti

La muerte tiene ocho brazos

Bolsilibros: Selección Terror - 63

ePub r1.0

Titivillus 01.03.15

Título original: *La muerte tiene ocho brazos*
Ada Coretti, 1974
Diseño de cubierta: Enrique Martín

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

1

EL día empezaba a declinar. El cielo se hallaba encapotado. El mar batía furiosamente el acantilado.

Y la mansión de los Mawford perfilaba su silueta grave, severa, a través de la niebla hecha jirones.

Había luz en uno de los ventanales.

Y allí en el interior, en la gran biblioteca de la casa, estaban los cuatro hijos del recientemente fallecido propietario de aquella aislada y solitaria casa.

James Mawford, mediano de estatura, rubio, de expresión nerviosa. A menudo tenía un tic en el ojo derecho. Era el mayor, había cumplido ya los treinta años.

Cliff Mawford, bajo, delgado, insignificante en todos los sentidos. Pero su mirada era viva, intensa. Era el mediano de los varones.

Herbert Mawford, alto, buen tipo, muy elegante. Cuando había delante una chica guapa, la sonrisa aparecía invariablemente en sus labios. Aún no tenía los veinticinco años.

Y, finalmente, Rosalind Mawford, la menor de todos ellos. Diecinueve años encantadores. Cabello rubio como el oro. Los ojos azules como un trozo de cielo claro y radiante.

Entre estos cuatro componentes de la familia había surgido una disputa. Una más. Pues no era la primera vez que, siempre por el mismo tema, llegaban a perder el control de sus nervios.

Larry Combard, el novio de Rosalind, un muchacho alto, moreno, de agradables facciones, se hallaba presente. Y lo cierto es que no sabía qué hacer ni qué decir para tranquilizarles a unos y a

otros.

—Es incomprensible… —decía en aquellos momentos James, el que siempre solía excitarse más—. No tiene sentido, Cliff, que te niegues a vender esta casa… Si todos estamos de acuerdo, ¿por qué has de ser tú quien nos estropee el plan?

—El testamento lo decía bien claro —puntualizó Cliff—. Si uno de nosotros no quiere vender, la casa no puede ser vendida.

—Pero ¿por qué has de negarte de este modo tan obstinado, tan absurdo? —inquirió Herbert—. La proposición que nos han hecho es fantástica, inmejorable.

—No me seduce la idea de que derrumben esta casa y construyan un hotel de diez plantas.

—Pero están dispuestos a pagarnos muy por encima…

—Lo lamento —interrumpió—, pero no me seduce la idea. Ya lo he dicho. Os lo repito. Y os lo repetiré todas las veces que haga falta.

A través de los cristales del ventanal se percibió una súbita claridad. Un rayo centelleante había rasgado la atmósfera.

Y empezó a llover de un modo aparatoso.

Era como si la bóveda celeste se sintiera rabiosa, furiosa, y quisiera desahogar sus violentos e incontrolados impulsos.

—Es mejor que hables claro. —James volvía a dejar oír su voz irritada—. Tú no quieres irte de aquí porque tienes la misma *manía* que nuestro padre. La tienes metida en la cabeza como una terrible obsesión.

—Es posible —admitió Cliff.

—Pero ¿no comprendes que es ridículo —intervino de nuevo Herbert— que sigas empeñado en encontrar el collar después de más de sesenta años que se perdió?

—Nuestro padre —dijo a su vez James— se pasó la vida buscándolo. Desde niño no hizo otra cosa. Y otro tanto puede decirse de ti, que lo has estado buscando exhaustivamente… Nadie, nadie lo ha encontrado. Ya es hora de darlo por perdido. Perdido para siempre.

—Sé que el collar existe —dijo Cliff—. Y sé que está en esta casa… Donde menos podamos imaginarlo. —Y aclaró—: Y mientras piense así, la casa no se venderá.

—Y mientras tanto —repuso Herbert—, iremos todos mal de

dinero por tu culpa.

—Tenemos para ir viviendo bien —hizo constar Cliff—. En realidad, no nos hace falta más.

—Pero si te avinieras a vender…

—No voy a avenirme a ello. Yo pienso lo mismo que nuestro padre: que el collar está cerca de nosotros y…

—¡Es ridículo! ¡Ridículo! —exclamó James.

—Bueno, ¿y tú qué opinas, Rosalind? —preguntó Herbert—. Estás callada. Aún no has pronunciado una sola palabra.

—Lo que yo opino de todo esto —dijo la muchacha— lo sabéis de sobra. No es la primera vez que estamos tocando este tema, ¿no es eso? Si Cliff no quiere acceder, yo creo sinceramente que debemos respetar su opinión. Es tan respetable como la nuestra.

—Rosalind sabe —agregó Larry Combard— que a mí me tiene sin cuidado su dinero.

—Por lo visto —ironizó James, dirigiéndose a su hermana— ya no vives aquí tan asustada como de pequeña… Antes, por salir de aquí, hubieras dado cualquier cosa.

—No comprendo por qué dices esto —se extrañó la muchacha.

Un nuevo rayo centelleó tras el ventanal. Ahora la lluvia era persistente, violenta, y pegaba con fuerza en los cristales.

Obligaba a hablar más alto. A alzar más la voz.

—¿Te has olvidado del pulpo gigante? Antes le tenías mucho miedo.

—¡Ah! ¿Era a eso a lo que te referías? Tonterías mías —sonrió Rosalind—. Tonterías de niña.

—¿Estás segura de que eran tonterías? —preguntó James—. Yo no estaría tan seguro de ello —y con el tic nervioso en su ojo derecho—: ¿Queréis que os cuente lo que me sucedió el otro día?

—¿Qué sucedió? —Quiso saber Herbert.

—Me pareció verle —dijo James—. Sí, me pareció ver al pulpo… Asomaba la cabeza entre el agua, entre las rocas, a las cuales se agarraba con sus terribles tentáculos.

—Lo dices para asustarme. —Cliff no se lo había creído—. Para que me decida a vender. Éste es un truco muy malo. ¿No has encontrado otro mejor? Me decepcionas.

—Os aseguro que es cierto… Me pareció verle… Hubiera jurado que era el pulpo… El mismo pulpo… Con una cicatriz entre sus

redondos ojos… Inmenso, gigantesco…

—¿Y hasta ahora no nos has dicho nada? —Cliff seguía convencido de que su hermano se había inventado aquello.

—Al principio supuse que se había tratado de una alucinación mía. Por eso opté por callar. Para que no os burlarais de mí. Pero cuanto más pienso en ello, más me doy cuenta de que no fue una pesadilla, no, fue algo auténtico, real. El pulpo estaba allí, entre las rocas, mirando amenazadoramente hacia la mansión de los Mawford.

—Si sinceramente crees eso —dijo Cliff, esta vez riéndose—, aún estás más loco que yo.

—¡Tómalo a broma si quieres! —barbotó James—. A tu gusto. A mí me da lo mismo. Desde luego, yo no pienso acercarme al acantilado y menos aún a la cala.

—Si lo has dicho para asustar a Cliff —dijo Rosalind—, no te ha salido bien. Pero me has asustado a mí —confesó—, y más de la cuenta.

La muchacha se había estremecido. Como acuciada de pronto por todos sus temores de niña.

—En fin —abrevió James—, nos hemos apartado de la cuestión principal, la que ha motivado esta conversación. Qué, Cliff, ¿no vas a decidirte a vender?

—No —fue tajante una vez más, no queriendo que ninguno de los presentes pudiera hacerse ilusiones.

Él no estaba dispuesto en modo alguno a desprenderse de aquella casa.

Una fastuosa mansión en otros tiempos, que actualmente aún resultaba, a pesar del tiempo transcurrido, regia e impresionante.

Una mansión donde él presentía hondamente, estremecedoramente, que estaba escondido el valiosísimo collar de brillantes que había pertenecido a la noble y bella condesa de Mawford, su abuela.

—Por favor, Cliff, debo insistir… —James estaba agitadísimo—, porque si te niegas, me veré obligado a…

Su tono acabó sumamente amenazador.

—¿A qué? —preguntó Herbert, un tanto alterado.

Cliff se había limitado a alzar sus ojos, vivos, intensos, hacia su hermano mayor.

—¿A qué te verás obligado? —También Rosalind se había alterado ante aquel tono de voz que no presagiaba nada bueno.

James lo soltó de pronto.

—¡A desprenderme de mis dos brillantes!

Cliff se puso en pie de un brinco. Tirantes los rasgos de su expresión. Furiosa su mirada. Crispado el gesto de su mandíbula.

—¡Eso, no!

Fue una terminante prohibición.

—Eso sí… —dijo James—. No vas a dejarme otra alternativa. La culpa será tuya.

—Juramos a nuestro padre —repuso Herbert— que guardaríamos los brillantes hasta el último extremo… ¿Lo has olvidado?

—No —denegó James—, no lo he olvidado. Pero si llega un momento en que me vea sin dinero y si Cliff no quiere vender esto, ¿qué otra alternativa quedará al alcance de mi mano?

—No te creo capaz de hacerlo —masculló Cliff, aunque no muy convencido de sus propias palabras.

—Si lo necesito, lo haré… —ratificó su amenaza—. Ya estás avisado.

—Si llegas a hacerlo, no vuelvas a dirigirme la palabra. Tú y yo habremos acabado para siempre.

La conversación iba a terminar mal.

Larry Combard estaba convencido de ello.

Pero en aquel preciso instante sonó el aldabón de la puerta principal.

—¿Quién puede ser?

* * *

Mike era el nombre del mayordomo.

Un antiguo sirviente, sumamente atento, servicial y respetuoso. Indudablemente, su presencia y sus modales daban empaque a la casa.

Fue a abrir.

En el dintel de la puerta, protegiéndose de las inclemencias del tiempo con un impermeable y un paraguas, apareció una mujer

joven.

—Se ha estropeado mi coche —fue lo primero que dijo—. No hay ninguna otra casa por aquí. ¿Podría pasar?

Fue Herbert, desde la biblioteca, quien se apresuró a responder a la recién llegada.

—Puede pasar, claro que sí… Es un placer recibirla —y sacaba ya a relucir su sonrisa amable y cordial, su mejor arma para conquistar a las mujeres.

Pero ya en el interior de la casa, habiéndose desprendido del impermeable y tras haber saludado a todos ellos, la desconocida demostró que ya no era tan joven.

Por lo menos no lo era tanto como les había parecido a primera vista. Debía tener ya unos treinta y cinco años.

Pero, desde luego, era guapa, atractiva, y tenía una espléndida cabellera rubia. Sus ojos eran verdes, magníficos.

No obstante, Larry Combard pensó que sus ojos parecían los de una pantera alevosa y traicionera, en cuyas garras había de ser muy fácil sucumbir. Y pensó, asimismo, que su mirada tenía mucho de hembra desvergonzada y procaz. No pudo evitar el compararla con Rosalind y el decirse a sí mismo que su novia valía un millón de veces más.

Pero desde el primer momento, Cliff se sintió verdaderamente interesado por la desconocida. Quizá se debió eso, principalmente, al hecho de comprender que aquella mujer estaba en realidad al alcance de cualquiera. ¿Por qué no de él?

—Me llamo Greta —sonrió.

Dado que no era fácil que la tormenta cesara en varias horas, le sugirieron que pasara allí la noche.

—Son ustedes muy amables. Gracias.

—No faltaría más —dijo Cliff, y las pupilas se le iban, quieras que no, hacia el escote de su jersey, donde asomaba sin recato la prominencia de sus vigorosos senos.

—Voy a enseñarle su habitación —repuso Rosalind—, por si desea asearse un poco antes de la cena. Estaremos esperándola.

Fue no mucho después, cuando la oyeron gritar… Un grito fuerte, desgarrado, lleno de pavor.

Antes de subir la escalera para ver lo que le sucedía, ella ya bajaba, temblando de pies a cabeza. Pálida como una muerta.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó Cliff.

—He mirado por la ventana hacia el acantilado… —apenas podía pronunciar las palabras, se le atragantaban en la garganta—. He visto, cogido a las rocas, un pulpo horrible, monstruoso, gigantesco… ¡Miraba hacia aquí, fijo, muy fijo!… ¡He creído morirme de miedo!

* * *

—Me he quedado a medio peinar —dijo Greta, cuando ya se hubo serenado—. ¿Por qué ahora no me acompaña usted? —sugirió a Cliff, sonriente—. De lo contrario, creo que no voy a ser capaz de volver a la habitación… ¡Oh, debo parecerle muy tonta, muy pueril!

—La acompaño encantado —accedió Cliff.

Pero los temores de Greta eran ahora sólo una excusa para acaparar a solas a Cliff. Y éste, halagado, enseguida lo comprendió así.

Por lo que, ya arriba, no se quiso perder aquella oportunidad. Una oportunidad que ella con tanta generosidad le ofrecía.

—Es usted la mujer más tentadora que he conocido…

—Esperaba que me lo dijera —aseguró ella, con chispitas maliciosas en el verde de sus ojos—. De lo contrario, me hubiera usted decepcionado. Como me decepcionará si esta noche…

—¿Qué? —preguntó Cliff.

—Si esta noche —repitió ella—, cuando todos duerman, no viene a verme… —y le tentó más y más con lo desvergonzado de su mirada—. Dejaré la puerta sin pasar el cerrojo —y añadió—: Usted me ha caído bien. Recuérdelo, le estaré esperando…

2

Después de la cena, Cliff le estuvo enseñando la mansión, que, pese al abandono en que se hallaban algunas de sus estancias, resultaba aún muy digna de verse.

Greta decía encontrarlo todo fascinador. Sonreía a menudo. Por lo visto, se había dado cuenta del impacto que había causado en Cliff Mawford. Desde luego, ya no parecía acordarse para nada del susto que se había llevado mirando hacia el acantilado.

Pero el entusiasmo que Greta demostraba por todas y cada una de las cosas que Cliff le enseñaba no terminaba de ser sincero, y cualquiera que no fuera Cliff enseguida se hubiera percatado de ello.

Pero sí fue sincera, y hasta alcanzar verdaderamente un entusiasmo que rayaba en delirio, cuando se encontró en la galería de cuadros.

Mejor dicho, cuando se halló ante el cuadro que reflejaba fielmente la hermosa condesa de Mawford.

—Era mi abuela —dijo Cliff.

—¡Qué collar luce! —exclamó Greta, embelesada, seducida, fascinada—. ¡Qué collar más maravilloso!

Entonces demostró que su entusiasmo no radicaba en la pintura en sí, sino en la incomparable belleza de aquella joya.

Aunque tal alabanza alcanzaba al mismo tiempo al lienzo, al propio pintor, esto es un hecho indudable. Pues, qué duda cabe, si la joya resultaba rutilante, deslumbradora, era porque en el cuadro quedaban patentes los radiantes y cegadores fulgores de aquellos incomparables brillantes.

—Sí, es un collar precioso —convino Cliff.

Pero al decir esto, una sombra cubrió su frente.

De lo que Greta se dio cuenta.

Por lo demás, no quiso pasar por alto aquel pormenor, en el que prefirió hacer hincapié.

—Se ha puesto usted triste al hablar del collar… ¿Acaso, alabando la belleza de esa joya, de forma involuntaria, yo le he recordado algo que…?

Dejó la frase sin concluir.

A sabiendas.

Para que la concluyera él.

Lo que Cliff hizo, tras una breve pausa.

—Este collar tiene su historia. Una vieja historia a la que yo nunca había dado crédito del todo… Hasta esta noche, que usted ha mirado hacia el acantilado…

—No lo comprendo. ¿Qué quiere decir?

—Es largo de explicar. Y si se lo explicara, seguro que se lo tomaba a broma. No me creería ni una sola palabra.

—¿Por qué no voy a creerle? —sonrió Greta. Y añadió—: Por favor, cuénteme esa historia…

—Si se empeña, y si me promete no reírse de mi credulidad… De una credulidad que hasta ahora no existía en mí, se lo aseguro. Pero después de su grito, de lo que vio…

Finalmente Cliff le refirió aquellos sucesos que ya parecían perdidos entre las tinieblas del pasado.

Pero unas tinieblas que ahora daban la sensación de entreabrirse para dar salida a lo que, en realidad, aún no estaba muerto.

* * *

La condesa Mawford era muy hermosa y los hombres iban tras ella de forma casi inevitable.

Su marido lo tenía todo de severo e intransigente, y ella sabía que, si algún día le descubría una aventura, la apartaría de su lado sin contemplaciones.

Este temor le hacía ser prudente, aunque era una mujer apasionada; una mujer, en suma, que de continuo estaba deseando

ir con otros hombres.

Pero era prudente, sí, porque sabía que si se portaba indebidamente, lo primero que haría su marido sería quitarle el collar. Ese maravilloso collar que le regaló el día que tuvo el primer hijo.

Y ese collar era lo primordial para ella. Lucirlo la envanecía hasta casi enloquecerla… Como si sus brillos llevaran un maleficio que esclavizara. Sin el collar, pues, no se veía capaz de vivir.

Pero un día conoció a un hombre, a quien no pudo resistirse. Y empezó entre ellos una pasión que terminó exigiendo más de lo que los propios interesados pudieran llegar a suponerse.

La condesa Mawford decidió abandonar a su marido y marcharse lejos con aquel hombre. Aquel hombre, por su parte, optó por dejarlo todo por ella.

Pero la condesa Mawford tenía, ante todo, que esconder el collar. Para que su marido no pudiera arrebatárselo.

Y aquí surgen las dos vertientes distintas de la historia…

Según unos, la condesa escondió el collar en aquella entonces regia y fastuosa mansión. No se supo en qué lugar. Donde a ella le pareció más seguro.

Tenía la intención, más adelante, de decirle que se lo rescatara a una fiel sirvienta, que durante muchos años había permanecido a sus órdenes.

Según otros, la condesa vio que su marido sospechaba algo y de forma precipitada decidió huir, llevándose la joya puesta.

Anduvo a lo largo del acantilado, rocoso, indómito, bravío, descendiendo finalmente a ese trozo de la costa que, desprovisto de rocas, formaba una pequeña y arenosa cala.

Estaba dispuesta a impedir que su marido la detuviera. A tal fin, había cogido un afilado cuchillo.

Y fue entonces, según esta segunda versión de los hechos, cuando surgió, de una gruta incrustada en el acantilado, un horrible y gigantesco pulpo.

Con los pies entre la espuma de las olas, la condesa gritó espantada, despavorida, sintiendo que le flaqueaban las piernas. Temiendo caer desvanecida.

El pulpo se fue acercando a ella.

Ella quiso correr. No pudo. En absoluto. Se había quedado como

paralizada.

Los tentáculos del monstruo la apresaron.

Ella reaccionó entonces, debatiéndose. Pero no le era dado oponer más fuerza que la de un pobre gusano.

No obstante, en un momento dado empuñó con fuerza el cuchillo y rasgó la piel del pulpo, entre ojo y ojo, con todas sus fuerzas, dejando allí un profundo surco.

Pero fue como si nada hubiera hecho. El monstruo no acusó la herida. Y siguió apretando sus ocho tentáculos, despiadadamente, hasta descoyuntarla, hasta romperle todos los huesos, hasta dejarla hecha cisco.

Luego, dicen… que el pulpo se llevó el collar. Menos ocho brillantes que se soltaron y quedaron sobre la fina arena de la cala.

Ocho brillantes. Sólo ocho.

Que el anciano Mawford, a su muerte, legó a su único hijo. Y éste, a su vez, a sus cuatro hijos: James, Cliff, Herbert y Rosalind.

—Pero no los vendáis, a menos que no os quede otro remedio — les rogó, añadiendo—: Así, si algún día aparece el collar, podrá ser debidamente completado, quedando como en el cuadro. Exactamente como en el cuadro.

* * *

—Es una historia estremecedora —dijo Greta, al término de aquella explicación—. Me ha puesto usted la carne de gallina.

—Temía que se riera —confesó Cliff.

—¿Cómo voy a reírme, si yo vi el pulpo? Pero, claro —quiso quitar importancia a lo que ella misma acababa de decir—, que yo viera un pulpo no significa nada en especial… En el mar hay pulpos… Más aún, en las costas rocosas… Esto lo sabe todo el mundo… Mi visión, pues, no tiene absolutamente nada de extraordinaria… Bien mirado, no la tiene… Sin embargo…

—Ha quedado abierto un inquietante interrogante sobre esta casa. ¿Es esto lo que iba a decir?

—Quizá —admitió Greta—. De todos modos, yo me resigno a admitir que haya relación entre ese pulpo con el pasado de la familia. No soy supersticiosa, ni he creído nunca en fantasías.

Menos aún, en alucinaciones.

Volvía a mirar hacia el cuadro de la condesa de Mawford. Y brillaban intensamente, casi febriles, sus ojos verdes.

Porque aquel collar maravilloso se le había subido a la cabeza como una mala borrachera.

¡Era incomparable!

¡Debía valer una cifra fabulosa!

Pensó: «Daría media vida por poder lucir una joya así».

¿Dónde podía estar escondida…?

Suponer que el pulpo se había llevado el collar era absurdo admitirlo. Esta hipótesis se derrumbaba por sí sola. Por falta de sentido común. Por falta, digamos, de equilibrio.

En todo caso, el collar se habría hundido en el mar.

Pero no, el collar debía estar escondido en algún lugar de la casa… La condesa le habría sacado unos brillantes, para venderlos si ante las privaciones se veía obligada a ello. Esto sería todo. Pero el collar estaría escondido.

Sí, esta hipótesis era la más razonable. La más admisible.

Y sonrió a Cliff, mientras pensaba que él era el camino más recto, más directo, más infalible, hacia esa joya deslumbradora… Hacia esa joya incomparable, arrebatadora… ¡Faltaban ciertamente calificativos!

Pero bien mirado, todo estaba bastante sencillo… ¿No iba a ir Cliff a su dormitorio? Tan pronto entrara allí, caería preso en la voluptuosidad de sus caricias. Estaba segura de ello.

—Le estoy muy agradecida por todas sus atenciones —terminó diciéndole. Y ya ante el resto de la familia—: En fin, será mejor que vaya a acostarme. Se ha hecho ya muy tarde. Buenas noches a todos.

Su mirada añadía: «Recuerde lo que le he dicho… Cuando todos duerman… ¿Vendrá?… Sí, venga… Seré cariñosa con usted… Muy cariñosa…».

La mirada de Cliff respondía: «Iré… Iré… Iré…».

Y Larry Combard, por su lado, pensaba: «Por cómo se miran, esta noche la pasan juntos… ¡A mí que no me digan!».

3

Al día siguiente, Cliff la llevó en su coche hasta Londres.

Había sido imposible reparar el de ella. No quedaba otro remedio que mandar remolcarlo.

Greta prefirió que Cliff le llevara en el suyo particular. Así podría seguir tendiendo sus redes a ese hombre que se le antojó bastante ingenuo. Por lo menos en cuestiones de amor.

—¿Dónde vives?

—Trabajo en un circo —dijo ella—. Vivo entre ellos.

—¿En un circo? —Se sorprendió Cliff.

—Sí —asintió ella—. ¿Te he decepcionado? Lo lamentaría de veras.

—¡Oh, no! —se apresuró a decir Cliff—. ¿Por qué me ibas a decepcionar?

—Con tu categoría… —sonrió Greta—. Trabajar en un circo es algo muy vulgar. Ya me doy cuenta.

—Es un trabajo como otro cualquiera. Dime, ¿qué es lo que haces tú? ¿El trapecio…?

—No. Un número de tiro. Yo me coloco ante una tabla de madera, con bombillas encendidas perfilando mi cuerpo. Mi compañero, Cornel, dispara a quince metros de distancia y apaga las luces. El público aplaude mucho.

—¿No tienes miedo? —preguntó Cliff.

—No.

—Tu compañero podría fallar…

—Cornel tiene una excelente puntería —sonrió Greta—. No falla nunca. El caso es —añadió— que cuando no actúa le tiembla la

mano. ¿Verdad que es gracioso?

Llegaron al circo.

Semanas antes se estacionó allí una caravana interminable de camiones, jaulas y carromatos.

Pero enseguida estuvo todo organizado.

Y aquella mañana, por ser día festivo, incluso se trabajaba bajo el gran toldo de lona.

Se captaban los ecos de la función. Fragmentos de música, aplausos, risas…

Los tiovivos no cesaban de dar vueltas y más vueltas. Los chiquillos se divertían muchísimo. Algunos hasta gritaban de alborozo.

La ruleta de la suerte no cesaba de rodar. Todos querían probar fortuna en aquel ingenuo azar.

El público se agolpaba ante las casetas de tiro al blanco.

Greta le dio las gracias por llevarle hasta allí.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó Cliff—. A mí me gustaría mucho.

—A mí también me gustaría —dijo ella.

—¿Puedo venir a buscarte un día de estos?

—Cuando quieras.

Se despidieron estrechándose la mano. Pero antes de separarse, señalándole a un hombre alto y fuerte, de unos cuarenta años, que no se hallaba muy lejos de allí, Greta dijo:

—Ése es Cornel. Mi compañero de trabajo desde hace más de diez años. Otro día te lo presentaré.

—De acuerdo.

—Es una buena persona, pero nunca ha tenido suerte. Le pasa lo mismo que a mí: siempre le salen las cosas al revés.

—A tu futura buena suerte —le dijo Cliff, y en su mirada hubo amor— quisiera poder contribuir yo…

—Pareces decirlo con sinceridad, y te lo agradezco muy de veras. Pero la vida ha sido muy poco generosa conmigo —su gesto fue amargo— y ya no espero demasiado.

Pero lo cierto es que Greta estaba convencida de que iba a hacer con Cliff lo que se le antojara. Jamás había encontrado una presa más fácil.

Y esto mismo, o algo muy parecido, fue lo que no tardaron en

opinar los componentes de la familia Mawford.

Quienes se mostraron alarmados, y también avergonzados, del súbito amor que Cliff había sentido por aquella mujer, cuya vida, por lo que habían podido enterarse, no había tenido nada de edificante.

Pero Greta había explicado a Cliff las cosas a su manera, haciéndose la víctima, la desgraciada, y en conclusión le había atrapado en menos tiempo del que se necesita para respirar un par de veces.

Sí, le había atrapado con todas las de la ley. Y la prueba estaba en que Cliff no buscaba seguir con una aventura amorosa, sino que estaba dispuesto a casarse sin más tardanza.

James y Herbert se hallaban sinceramente escandalizados. Que Greta fuera a ser la nueva dueña de la mansión era algo que no terminaban de tragarse del todo.

—Tenemos que abrirle los ojos —dijo Herbert—. Tenemos que hacerle comprender que va a hacer el ridículo cargando con una mujer que le lleva más de diez años, que es una vulgar artista de circo y que ha vivido ya lo suyo…

—Sí, es preciso que le hagamos reaccionar —convino James, con su tic nervioso más persistente que nunca—. De lo contrario, todos vamos a pagar las consecuencias.

Pero en el comedor de la casa, cenando con ellos, estaba Larry Combard.

Y en aquel momento intervino:

—No comprendo —dijo— cómo os puede parecer mala la elección de Cliff… Yo de vosotros la encontraría inmejorable… ¿No queréis que Cliff venda esta casa? Pues ¿qué mujer más apropiada que Greta para que la venta se efectúe a no tardar? ¿O acaso os suponéis que una mujer como ella, con unos ojos tan terriblemente inquietantes, se va a casar con Cliff para encerrarse aquí el resto de sus días? ¡Oh, no! Podéis dar por seguro que se casará para vivir con lujos… Para viajar… Para no hartarse de nada… Y para todo esto hace falta mucho dinero… En conclusión: si se casa con ella, tendrá que venderse esta mansión.

James y Herbert consideraron las palabras de Larry Combard, el novio de su hermana, viéndolo ya todo de muy distinta manera. Bien mirado, tenía mucha razón con lo que había dicho.

Optaron, por tanto, por no intervenir. Las cosas por sí solas, sin duda, se solucionarían.

—A mí me da lo mismo que esta casa se venda como que no —dijo Larry a la muchacha, poco después, ya a solas—. Yo este año acabaré la carrera de ingeniero y entonces podré ya ofrecerte un porvenir. Nos casaremos y seremos felices. En cuanto a tu dinero, ya te lo he dicho mil veces: no lo quiero para nada. Hemos de vivir de lo que yo gane.

—Sí, Larry —susurró ella, enamorada.

—Ahora debo irme.

—Te lo ruego: dime antes lo que piensas respecto a lo otro… —Ahora había inquietud en la voz de Rosalind.

—¿Respecto a qué? —preguntó, tan tranquilo.

—A lo del pulpo gigante… —musitó.

—¡Por favor, Rosalind, no seas chiquilla! —se burló Larry—. Todo eso son tonterías. Supongo que no acabarás dando crédito a…

—A James le pareció verlo —temblaba su voz— asomando la cabeza entre las rocas, a las cuales se agarraba con sus terribles tentáculos… Dice que juraría que tenía una cicatriz entre los ojos… Era inmenso, gigantesco…

—Sé razonable, Rosalind —rogó Larry—. Todo esto que dices no tiene sentido.

—Y también lo vio Greta, la noche que nos pidió cobijo porque su coche se había averiado y la tormenta no cesaba… Gritó de miedo… Hazte cargo, Larry, debemos admitir que hay algo más que meras fantasías… Con sinceridad, estoy bastante asustada…

—Ya lo veo, y no me gusta que sea así. Puede que haya un pulpo gigantesco entre las rocas del acantilado, pero desengáñate, ese animal nada tiene que ver con la condesa Mawford, tu abuela, ni con la desaparición del collar de brillantes… Se está enredando la historia y todos vais a acabar obsesionados…

—Es posible que tengas razón, Larry.

—Eso concluirá —sonrió él— el día que salgas de aquí para casarte conmigo.

—Quisiera que fuera mañana mismo.

—¿Para huir del monstruo ese —bramó— o para estar conmigo a todas horas? Te veo tan asustada que creo que más por lo primero que por lo otro.

—Tonto… —hizo un mohín cariñoso.

Larry la estrechó contra su pecho y la besó en la boca. Ella se abandonó dichosa entre sus brazos.

* * *

Greta había ya acabado su actuación. Como siempre, el público había aplaudido mucho.

Cliff la estaba esperando en su coche.

—Quiero que dejes de trabajar —le dijo—. Me pone nervioso verte.

—Te pones nervioso sin motivo —sonrió Greta—. Ya te lo he dicho infinidad de veces. Cornel tiene muy buena puntería. No falla nunca.

—Será así, si tú lo dices —su gesto no era muy amigable—, pero a mí no me inspira la menor confianza.

Greta vio que le tenía de muy mal humor.

Cliff repitió:

—No me inspira la menor confianza, en… ningún sentido. Supongo que comprendes lo que quiero decirte.

—No… —su expresión no pudo ser más inocente.

—Entre tú y él… —mascullό las palabras—. ¿Qué hay entre tú y él? ¿O qué es lo que ha habido? ¡Lo que sea, dímelo, necesito saberlo! ¡No quiero que me engañes!

—Entre Cornel y yo nunca ha habido nada —aseguró Greta—. Sólo nos ha unido y nos une el trabajo.

—Me gustaría creerte, de veras. Pero no lo veo claro. Cornel te mira de una manera…

—Estás celoso. Simplemente eso.

—Es posible —admitió.

—Por lo demás —dijo Greta—, nadie te impide cambiar de parecer. Si ya no quieres casarte conmigo, pues dilo francamente… Ya te lo dije, la vida ha sido muy poco generosa conmigo y en realidad ya no espero demasiado.

—Yo te quiero, Greta —aseguró—, y no tengo por qué cambiar de parecer. Pero recuerda esto —su expresión, su mirada, su voz, todo se hizo amenazador en él—: si algún día me fueras infiel…

No acabó la frase.

Quedó entre ellos un silencio hiriente, cortante, como el filo de una navaja recién afilada.

—Nunca te seré infiel —sonrió Greta.

Pero por dentro se había estremecido hasta la médula de sus huesos.

Sin embargo, acabaron besándose y aparentemente olvidando todo lo hablado.

Como si aquellas dudas, aquellos recelos, aquellas amenazas, no hubieran verdaderamente existido.

—Cuando ya estemos casados —dijo Greta, al rato, con naturalidad, como si nada—, ¿sabes lo que haré un día? Cogeré una pequeña barca, remaré hasta la gruta del pulpo y veré si allí dentro está escondido el collar de brillantes…

Cliff no se esperaba aquello. Ni muchísimo menos. Todo él sufrió una sacudida.

—¡Qué desatinos se te ocurren! —barbotó.

—No es ningún desatino —sonrió Greta—. ¿Por qué había de serlo? ¿No estáis, unos y otros, sin saber qué hay de cierto o falso en todo eso? Pues yo puedo ayudaros a esclarecer, si no todo el asunto, sí al menos parte del mismo.

—¡Parece que estés mal de la cabeza! —barbotó de nuevo.

—No estoy mal de la cabeza —aseguró, sonriendo—, pero sé nadar muy bien. Cojo la barca, me acerco remando a la gruta y después, a nado, inspecciono el interior… Algo al menos quedará claro del todo… Si allí el pulpo llevó o no el collar de tu abuela…

—Pero… —Cliff se estremeció violentamente— ¿y si el pulpo existe en realidad y ésa es su guarida? ¿Y si al ir le encuentras? ¡Eso significaría una muerte cierta para ti!

—No soy miedosa, Cliff.

—Pero yo te quiero —dijo él—, y no deseo perderte. Así que no esperes mi autorización para semejante locura.

* * *

Se oyó un griterío. ¿Qué sucedía?

Pronto habían de enterarse.

Se trataba de algo tan horrible, que acróbatas, trapecistas, payasos, músicos y demás, y público en general, todos ellos, cuantos contemplaron el escalofriante espectáculo, quedaron con los cabellos erizados de espanto.

Patty era una niña ciega, monísima. Trabajaba en el circo vendiendo bombones. Todos allí sentían cariño y compasión por ella. ¡Era tan cariñosa y tan buena!

Pues se trataba de Patty, cuyo cuerpo había sido hallado dentro de una jaula con dos tigres, macho y hembra. Que hambrientos se habían lanzado sobre aquella pequeña e indefensa criatura.

Pero ¿cómo era posible que ese par de tigres estuvieran hambrientos?

Los tigres que hay en los circos nunca lo están. Suelen ser alimentados bien, ya que de ello depende la seguridad del domador.

Sin embargo, *alguien* se había encargado de pagar rumbosamente al hombre que le ponía por dos veces al día su ración de carne, para que pasara por alto su trabajo. Y la omisión no había sido reparada, ya que el domador estaba en la litera de su carromato, enfermo, y éste era el único que verdaderamente, de una sola ojeada, hubiera sabido comprender el motivo del desasosiego e irritación de sus dos magníficos ejemplares.

Pero ¿cómo pudo Patty entrar allí?

Nadie lo sabía.

Sólo Patty hubiera podido explicarlo. Pero Patty estaba ya muerta, devorada por aquella pareja de tigres.

Sí, sólo ella hubiera podido explicarlo. Y también, claro, el hombre que ponía la carne a las fieras. Pero para que no hablara de más, habían acabado implacablemente con su respiración y ahora se hallaba muerto en el fondo de un barranco, entre unos matorrales. *Alguien* le había apretado la garganta hasta que la lengua le había salido fuera más de un palmo. En vano había gritado, pidiendo socorro. Todo acabó en un sofoco mortal, en un jadeo de muerte.

Tardarían varios meses en encontrar el cadáver. Entonces, sobre sus restos putrefactos se debatirían un montón de gusanos en corrosivo festín. Quien hiciera el macabro descubrimiento, sentiría que el asco y las náuseas le revolvían el estómago y acabaría vomitando todo lo que acababa de comer.

Pero eso sería unos meses después.

En aquel momento era la pobre Patty la que acaparaba la compasión, la atención y el horror general.

Poco antes, una voz conocida había preguntado suavemente a la niña:

—¿Qué haces aquí sola, Patty? Pareces triste.

—Hoy he vendido pocos bombones —le había contestado ella.

—No te preocupes, mañana venderás más. Oye, ¿quieres cenar conmigo?

—Sí, sí… —se animó.

—¿Qué te gustaría? Abriré la lata que me digas. Dime con sinceridad lo que prefieres.

—Estofado de carne —decidió, tras pensárselo unos instantes.

—Te gusta la carne, ¿eh, pequeña? —Y con un tono contenido —: A los tigres también les gusta. Sobre todo si es blanda… Anda, dame la mano. Te llevaré a mi carromato.

Instantes después, Patty subía unos escalones.

—¿Éste es tu carromato? —Se extrañó la niña—. Yo creía que en tu escalerilla sólo habían cinco peldaños.

—No, no… —se desconcertó un poco la voz—; hay más. Date cuenta…

—Sí, ya me doy cuenta.

Se oyeron unos rugidos.

—¿Qué sucede? —preguntó Patty—. ¿Cómo es que están tan cerca de tu carromato las jaulas de las fieras?

—Lo han cambiado todo de sitio. Quizá sea que vamos a irnos pronto de aquí. Anda, pasa, Patty…

Patty entró, tanteando con las manos. Y enseguida se dio cuenta de que aquello no era ningún carromato. Pero ya era tarde. La puerta de barrotes de hierro se había cerrado tras ella.

Patty gritó.

Primero, de miedo, de espanto. Al poco, de dolor, de terrible y acerbo dolor, pues el macho y la hembra habían ya caído sobre ella, desgarrándole la garganta, el pecho, el vientre y las piernas.

Zarpazos implacables. E instantes después, dentelladas furiosas, feroces, que se llevaban trozos y más trozos de su carne.

En pocos minutos quedó devorada. Ya casi no quedaba nada de ella. Sólo la cabellera oscura, larga, sujeta al cráneo y jirones de su vestido esparcidos por aquí y por allá. La sangre lo inundaba todo.

Con razón se habían quedado con los cabellos erizados de espanto cuantos contemplaron aquel espectáculo.

4

Hacía ya varias semanas que Cliff Mawford y Greta se habían casado.

Y aún no había sucedido lo que Larry Combard dijo, que era en verdad lo más lógico de suponer.

No había sucedido, pues, lo que James y Herbert tanto deseaban.

Greta parecía vivir completamente a gusto en aquella aislada y solitaria propiedad. Apenas salía alguna que otra vez. Siempre estaba de un humor excelente.

No pedía lujos. Ni fiestas. Ni viajes. Ni nada.

Sólo deseaba estar junto a Cliff y vivir bajo aquel techo, entre aquellas viejas e impresionantes paredes.

Pero las apariencias no podían engañar a sus dos cuñados, que ávidos de vender la casa, ansiosos de dinero, se daban perfecta cuenta de que, bajo la máscara amorosa y mansa de Greta, se ocultaba algo inconfesable.

Y aquel día, James, no pudiendo contener sus nervios, abordó a Greta en tal sentido. Y terminó diciéndole:

—A mí no me estás engañando.

Greta pudo defenderse, pues, en definitiva, no había cargos contra ella, pero no le importó, dado que estaban solos, responder a placer:

—Pero Cliff es más ingenuo que tú y a él sí resulta fácil engañarle. Muy fácil.

—¿Qué pretendes? Tú te llevas un fin marcado… ¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Te gustaría saberlo? —Se rió Greta.

—Creo saberlo ya.

—No te hagas el listo.

—Si te lo digo y acierto, ¿lo reconocerás?

—¿Por qué no, James? Entre buenos cuñados, la sinceridad no debe faltar.

—Pues tú lo único que pretendes es… —pero se detuvo al creer que oía un ruido. Temió que pudiera ser una de las criadas, o Mike, el mayordomo. Pero al ver que no se trataba de ellos, ni de nadie, volvió a decir—: Lo único que pretendes es encontrar el collar de brillantes.

Greta echó atrás, en un gesto decidido, su larga cabellera rubia. E hizo aguda, audaz, la intensidad de sus ojos verdes.

—Sí —confesó—, exactamente se trata de eso. Y ten la seguridad —añadió— de que terminaré saliéndome con la mía. Lo que no logró vuestro padre, ni Cliff, ni nadie, lo lograré yo… Las mujeres tenemos más idea, más intuición… Como un sexto sentido, que a veces vale más que la inteligencia de los hombres…

—Y si un día lo encuentras, ¿nos lo dirás? —preguntó James. Pero de antemano, adivinando la respuesta, crispaba furiosamente las mandíbulas.

—No —sonrió Greta. Ella siempre sonreía—. Claro que no.

—¿Pues qué harás? —volvió a preguntar.

—¡Qué poca imaginación tienes! Cogeré el collar y huiré… Dejaré plantado a mi marido y me iré con el hombre que verdaderamente amo… El mismo caso de la condesa Mawford, tu abuela… Con la única diferencia de que ella acabó mal y yo acabaré bien…

—Por lo visto, no temes que repita tus propias palabras a mi hermano.

—No te creería.

—Supongo que no —admitió, desalentado.

—Es mejor, por tanto, que ni siquiera lo intentes… Podría surgir una violenta disputa y esto siempre es desagradable entre hermanos.

—Dime —hubo ansia en el tono de su voz, ansia mal contenida —, ¿en qué sitios has buscado el collar?

—En infinidad de lugares —explicó—. En tantos, que

enumerártelos sería cosa de nunca acabar. Sólo te diré algo en concreto, mi búsqueda es detallada, concienzuda, minuciosa. A la larga no puede fallar el resultado. Estoy convencida de ello.

—Veo en tus ojos un brillo extraño, desusado… ¿No habrás ya encontrado el collar, Greta? —El tic de su ojo derecho se repetía con suma insistencia.

—No, todavía no… —susurró.

Pero a James se le metió en la cabeza que Greta le mentía, que había dado con la joya, que iba a burlarse lindamente de todos.

Excitado al máximo, exclamó:

—¡Si has dado con el collar, tu deber es decirlo! ¡Nos pertenece por igual a los cuatro hermanos! El hecho de hallarlo no significa en modo alguno que…

—No lo he encontrado aún —le había interrumpido—. Pero seguiré buscando, sin flaquezas, sin desmayos, sin miedo de ninguna clase.

—¿Miedo? —repitió.

—Sí, eso he dicho —y le hizo saber—. Porque estoy dispuesta a buscarlo incluso en… en la gruta del pulpo.

—¿Has perdido el juicio? —inquirió James—. Sí, algo así debe ser. De lo contrario no se admite que te veas capaz de correr tanto riesgo.

—Mi juicio está en su sitio —le aseguró, segura de sí misma— perfectamente equilibrado. Pero se trata de que quiero conseguir el collar. Quiero conseguirlo al precio que sea.

—Ten cuidado, Greta —pareció prevenirla, ponerla en guardia —, no vaya a ser el precio excesivamente alto.

—No puede haber precio *excesivamente alto* —recalcó la expresión— para una joya como ésa, que de fantástica y arrebatadora lo tiene todo… —y añadió, como hablando consigo misma—. Sí, los fulgores de esos brillantes me dominan… Es como si una fuerza irresistible me llevara hacia ellos… No, no puedo sustraerme a su atracción. Es como si estuvieran malditos y… Pero no, no lo están y yo os lo voy a demostrar…

—Estás como obsesionada… Y sólo has visto la joya en el cuadro… —pero de nuevo se vio acuciado por sus temores—. ¿O acaso lo has encontrado ya…? ¡Demonios! ¡Me estás desquiciando los nervios!

—Cálmate, James, cálmate —Greta sonreía—. Perdiendo la serenidad no vas a adelantar nada.

—Ten cuidado con lo que haces —y esta vez no parecía prevenirla, o ponerla en guardia; esta vez, sin lugar a dudas, la amenazaba—. ¡Si descubriera esa traición en ti, sería capaz de todo! ¡De todo! ¡Incluso de matarte…!

—¿De matarme? —Greta seguía sonriendo—. ¡Sí que te estás tomando a lo trágico todo esto! No hay para tanto… ¿No habíais dado ya por perdido para siempre el collar…?

No dijo nada más.

Dio media vuelta y dejó solo a James, quien se quedó mascullando su despecho y su rabia.

Hasta que entró Herbert en la habitación y entonces le explicó la conversación que había sostenido con Greta. De este modo se desahogó algo. Buena falta le estaba haciendo.

—Has hecho bien en amenazarla —dijo Herbert, finalmente—. Yo hubiera hecho otro tanto. En realidad —resumió— si supiéramos que ella había encontrado el collar, algo tendríamos que hacer… No íbamos a quedarnos cruzados de brazos mientras ella nos tomaba el pelo… ¡Yo, al menos, no consentiría que se burlara de mí! ¡Cualquier cosa antes que consentirlo! ¡Cualquier cosa…!

* * *

El mar solía mostrarse furioso y embravecido, no cesando de arremeter contra las impávidas rocas del acantilado.

Pero aquellos días pasados las olas poco a poco habían ido cediendo en intensidad, calmándose, sosegándose, y ahora el mar se mostraba casi inmóvil, dando una placentera sensación de mansedumbre.

Pero esa sensación era engañosa.

Tanto como podía serlo la actitud de Greta…

El mar, en el momento menos esperado, se sulfuraría, se encresparía, volvería a mostrarse bravío y amenazador.

Por su parte, Greta se convertiría en ella misma, no en la que fingía ser, en cuanto fuera el instante oportuno.

Pero de momento…

—¿Has preparado ya la barca, Mike? —preguntó.

—Sí, señora —asintió el mayordomo—. Pero permítame que le diga que eso que va a hacer es una inconcebible temeridad…

—¡Oh, sí, es una inconcebible temeridad! —exclamó asustada una de las sirvientas, la que hacía más tiempo que permanecía en la casa. Se llamaba Mary.

Se secaba el sudor con el borde del delantal.

—¿Por qué no espera a que regrese el señor Cliff? —dijo a su vez la otra criada, la más joven—. Sería lo más prudente.

—O espere al menos al señor James —repuso Mike, si bien con un tono, como siempre, sumamente respetuoso— o al señor Herbert… Ninguno de ellos ha regresado aún… Y puede ser peligroso lo que va a hacer, señora…

—Aquí se asustan todos por muy poco —sonrió Greta, no participando en absoluto de aquel miedo supersticioso.

—Yo no recuerdo que nadie se haya atrevido nunca a llegar hasta la gruta… —le hizo saber el mayordomo.

—Yo seré la primera, Mike —la sonrisa no desaparecía de sus labios—. Bueno, me voy ya…

Greta iba con un vestido floreado, de vivos colores, abotonado de arriba abajo. Bajo éste, llevaba el traje de baño, de color azul oscuro. En la mano izquierda, el anillo de casada. El cabello rubio y vaporoso, suelto.

Poco después, el mayordomo y las dos sirvientas veían cómo descendía hasta la arenosa cala, subía a la barca y se alejaba de la orilla remando.

En eso llegó Rosalind hasta la explanada de la mansión. Una explanada que era como una terraza abierta sobre el acantilado.

—¿Qué os sucede…? —preguntó al ver, asustadas, atemorizadas, a las dos sirvientas.

Tampoco Mike terminaba de tenerlas todas consigo. Ponía cara de circunstancias.

—¿Qué os sucede…? —volvió a inquirir.

Se lo dijeron.

—¡Larry! ¡Larry!

Su novio apareció presuroso.

Pero ya era tarde para impedir que Greta cometiera aquella incalificable locura.

Sin embargo, se había obstinado en llevarla a cabo y nadie tenía ciertamente derecho a impedírselo.

Fue Larry, empero, quien quitó importancia al caso. Dijo con tono tranquilo:

—Últimamente aquí no se hace más que desorbitar y enredar los hechos más simples… Greta no corre ningún peligro. ¿Qué peligro va a correr? —Y agregó—: Será un verdadero alivio el día que en esta casa se desligue de una vez el pasado del presente… Siempre estáis igual, obsesionados con sucesos que ya sucedieron, que tuvieron su propio desenlace en su tiempo, que no tienen por qué tener continuidad.

—Quisiera estar tan segura como tú —dijo Rosalind.

Pero la verdad es que Larry tampoco se sentía seguro de eso. Ni de nada. A pesar suyo, se estaba dejando contagiar por el ambiente tenso, electrizante y lleno de suspense de aquella casa, cuyos componentes se iban distanciando cada día más entre sí.

Todos miraban hacia el acantilado, hacia la derecha, que era donde sabían que se hallaba la gruta.

Una gruta cuya abertura, al cesar momentáneamente el batir de las olas, había quedado al descubierto y, por tal, visible.

Vieron llegar hasta allí a Greta, remando con movimientos firmes, seguros.

Sin que nada en sus gestos delatara la menor vacilación.

Ya junto a la abertura de la roca, detuvo los remos, hizo que la barca se inmovilizara del todo y seguidamente empezó a desabrocharse el vestido floreado.

Era su intención quitárselo y echarse al agua, pero no tuvo tiempo de hacerlo.

De pronto surgió del agua, o mejor dicho, del interior de la gruta. Un largo y terrible tentáculo, que como un látigo poderoso se enroscó furiosamente a la barca, derrumbándola…

Desde la explanada de la mansión, los testigos de aquel hecho profirieron un grito unánime.

La distancia que les separaba no era lo suficientemente grande para que no pudieran darse cuenta de aquellos horribles pormenores.

Greta también había gritado.

Un grito, un alarido de verdadero horror, que salió de su

garganta rasgando siniestramente la atmósfera.

Pero Greta sabía nadar muy bien y pudo, desde la barca furiosamente volcada, ponerse a nadar con rapidez hacia la costa.

Cabía la posibilidad de que consiguiera llegar antes de que el monstruoso pulpo la alcanzara.

Bueno, esta esperanza apenas pudo durar unos breves instantes. Tan breves que casi fue como si no hubieran existido.

El agua se removió en una estela persecutoria y un nuevo tentáculo impidió la huida.

Esta vez se enroscó aterradoramente al talle de la mujer, atrayéndola, llevándosela hacia sí. Hacia el cuerpo horrible del pulpo, donde ya fueron ocho brazos, ocho tentáculos demoledores, los que la aprisionaron sin la menor piedad.

Greta aún asomó la cabeza un par de veces. Y volvió a gritar, a dejar sentir unos verdaderos y espantosos alaridos… Su miedo era horrendo, pavoroso.

También asomaban del agua los terribles tentáculos del gigantesco pulpo, en su debatir destructor, demoledor.

La lucha apenas duró.

Y el monstruo marino se llevó a su presa, ya silenciosa, a la gruta. A su siniestra guarida, como queriendo decir a su víctima que allí sólo se entraba sin vida, sólo se entraba muerto.

Desde la explanada, todos permanecían con el aliento cortado, llenos de espanto, de horror.

Pero antes de despegar los labios, se dieron cuenta de que el horrible pulpo volvía a salir de su gruta, yendo bajo el agua hacia las rocas del acantilado.

Siguieron con sus miradas su siniestra ruta, y vieron cómo arrojaba allí el cadáver de Greta. En un macabro y aterrador desafío a quienes parecía saber que le estaban observando.

Luego se perdió bajo el agua.

Ya no volverían a verle.

Por lo menos en varios días…

Larry, Rosalind y los tres sirvientes de la casa, corrieron hacia el lugar en que estaba el cuerpo sin vida.

Pero decir sin vida es decir muy poco.

El cuerpo de Greta estaba destrozado, materialmente aplastado. Toda ella era un informe montón de carne.

Habían desaparecido los ojos de sus cuencas, la nariz estaba partida y casi amputada, la boca sólo era un agujero rasgado donde apenas quedaban dientes.

Sólo parecía haber sido respetado el cabello rubio, que caía largo sobre el vestido floreado. Las manos destrozadas, mostraban un gesto crispado, horripilante, donde el anillo de boda era ya sólo una sarcástica ironía del destino.

Más de una hora tardó Cliff en llegar.

Al enterarse de lo que había sucedido, y al ver a Greta convertida en aquel horror, se echó a llorar desgarradoramente.

En cuanto a James y Herbert, al ver el cuerpo de Greta se pusieron pálidos, lívidos, sin acertar a pronunciar una sola palabra.

5

Desde hacía varios días, Larry Combard se mostraba callado, poco comunicativo, incluso muy poco cariñoso con su novia.

Algo le preocupaba enormemente. Por poco que se le conociera había que llegar pronto a esta inevitable conclusión.

Pero Rosalind no se atrevía a preguntarle qué le pasaba, quizá en el fondo temerosa de que pudiera estar interponiéndose entre ellos otra mujer.

Los días festivos, Larry iba a buscarla en su coche. Por la mañana, bastante temprano, para que así el día les resultara más largo.

Pasaban el día fuera, lejos.

Luego, por la noche, él se quedaba a cenar en la mansión de los Mawford, donde todo, con él, decía Rosalind, parecía muchísimo más grato y acogedor.

Pero ya nada era como antes, porque Larry daba en todo momento la sensación de no estar con ella, de estar en otra parte. Aislada su mente en un pensamiento cerrado, obsesivo, que no daba cabida para nada más.

Hasta que llegó un momento en que Rosalind no pudo soportarlo.

Quería demasiado a Larry para poder permanecer estática ante aquella situación, a la que no sabía ciertamente qué sentido atribuirle.

—Larry…

De momento se limitó a pronunciar su nombre.

Estaban en el coche. Él ante el volante y ella a su lado.

Iban ya de regreso.

—Dime.

Únicamente dijo esto. Aquellos días siempre decía pocas cosas. Apenas hablaban.

—Estoy preocupada.

—¿Si…?

—¡Para el coche, por favor! —Y Rosalind sollozó—. Hemos de hablar, Larry. Es preciso… Ya no aguanto más…

Detuvo el coche y se volvió hacia ella.

—¿Qué te sucede? —le preguntó.

—¿Y eres tú quien me lo pregunta? —Y el sollozo se hizo aún más intenso.

—No te comprendo, de veras…

Entonces ella le dijo en qué radicaba su descontento. Estaba demasiado serio, apenas hablaba. Había cambiado mucho. No parecía el mismo.

—Tienes razón, Rosalind. No voy a negártelo. Perdóname… Por favor, perdóname… Pero no es mía la culpa, créeme…

—¿Ya no me quieres, Larry? —Su angustia era muy grande.

—Lo mismo que siempre, más que nunca —su tono era sincero, honrado, esto ante todo—. Pero estoy muy intranquilo, Rosalind, dándole vueltas en la cabeza siempre a lo mismo…

—¿A lo mismo? —inquirió ella, sin comprender.

—Sí —asintió Larry—. No puedo asimilar lo sucedido. Algo se escapa a mi raciocinio. Pero de algo estoy seguro, o casi seguro…

—¿A qué te refieres?

—¿De veras quieres saberlo? —La miró rectamente—. ¿No vas a asustarte? ¿Me lo prometes?

—Sí, claro que quiero saberlo —afirmó—. No, no voy a asustarme. Te lo prometo.

Pero era solamente un decir. Antes de saber nada ya se estaba asustando.

—Pues verás, para mí… —pero aún dudaba en hablar.

—Por favor… —le animó ella.

—Para mí —se decidió a decirlo—. Greta murió asesinada. ¡Asesinada!

—El pulpo la mató…

—¡No, no fue el pulpo quien acabó con su vida! —exclamó Larry

—. ¡No fue el pulpo!

—Pero si lo vimos todos… —argulló Rosalind.

—No vimos lo suficiente, estoy convencido de ello. Algo nos quedó por ver. Y Greta murió asesinada… Porque su presencia estorbaba a alguien… A alguien que vive bajo tu mismo techo…

—¡No! —Se horrorizó Rosalind.

—Debes mantener los nervios, no perder la serenidad. Me lo has prometido.

—Sí, sí… Pero esto que has dicho es espantoso. No pareces darte perfecta cuenta del sentido que encierra…

—Sí, me doy perfecta cuenta —ratificó—. He querido decir, que tu hermano James, o Herbert, o quizá Cliff… uno de ellos… es un asesino…

—¡No! ¡No! —exclamo, negando enérgicamente con la cabeza una y otra vez.

—Recuerda… Cuando sucedió el hecho, ninguno de los tres estaba presente.

—Sí, lo recuerdo. Pero eso no quiere decir…

—Yo supuse que Greta se casaba con Cliff para vivir con lujos, para viajar, para pasarlo bien… Me equivoqué lamentablemente… Se casó con el solo y único objeto de buscar y apropiarse del collar de brillantes…

—¿Tú crees?

—Sí, y no he sido el único en comprenderlo. También James y Herbert. En cuanto a Cliff, no sabría qué decirte… Sí, era fácil llegar a esa conclusión. Cuando pasaba por la galería de cuadros, ante la pintura de tu abuela, sus ojos verdes se clavaban insistentemente en la joya y lanzaban chispas… Chispas de codicia, que más elocuentes ya no podían ser.

Se detuvo.

Esta vez Rosalind no dijo nada.

Él prosiguió:

—Pero el delirio que sintió por esa joya de familia, tenía, forzosamente, que resultar funesto… Porque su pretensión equivalía a apropiarse de algo que, no sólo no le correspondía, sino que también significaba como una insólita y extraña obsesión para todos…

Una nueva pausa.

—Se deduce de todo ello, a mi modesto entender, que el collar debió encontrarlo… ¡Vete a saber dónde! Sí, debió encontrarlo y uno de tus hermanos, no sé cuál, pensó que lo mejor era, a su vez, apropiárselo para sí solo… Pero matar a Greta de un modo vulgar, significaba levantar sospechas, y equivalía asimismo a que la policía se volcara en peligrosos interrogatorios… ¿Y qué se le ocurrió?

—¿Qué? —preguntó Rosalind, aún no comprendiendo adonde llegaba con exactitud el pensamiento de Larry.

—Se le ocurrió aprovecharse de la historia que encierra el pasado. De esa historia fabulosa que no se sabe qué tuvo de cierta ni qué de falsa. De esa insólita historia cuyo principal protagonista es un pulpo gigante… Esa historia que no se creería nadie, pero que, sin embargo, parecen creerse todos…

—Sigue, Larry. Sigue.

—El asesino debió adivinar, o saber, que Greta iba a ir a la gruta… y le esperó allí. Pero le esperó no con su propia personalidad, sino escondido dentro de un pulpo de goma, o de plástico, o de algo así… Y es esto, no otra cosa, lo que nosotros vimos.

—Greta murió deshecha, destrozada —dijo Rosalind—. Y eso no se consigue con goma, ni con plástico, ni con nada parecido.

—No, por descontado que no —admitió Larry—. Pero supongo que ese pulpo deberá tener, en sus ocho tentáculos, algún mecanismo de hierro. Y ese mecanismo es el que destruye, el que aplasta, el que arrebata la vida… Pero, pese a todo, su poder mortífero se limita a que un hombre, en su interior, accione el resorte preciso… De no hacerlo así, es sólo un pulpo bien imitado que se hincha con aire como pudiera hacerse con una balsa de goma.

—Pareces estar completamente seguro, Larry. Sin embargo, antes de entrar Greta en nuestras vidas, ya James dijo haber visto el pulpo, con la cicatriz entre los ojos…

—Yo no puedo aceptar esa versión, Rosalind. No creo en alucinaciones, y una alucinación sería admitir la presencia de un pulpo, el mismo de hace más de sesenta años… Además, James dijo verle, tú me lo explicaste, cogido a las rocas, mirando amenazadoramente hacia vuestra casa… Pero ¿desde cuándo un pulpo sale del agua y se queda contemplando lo que hay en el

exterior? La naturaleza le ha hecho para estar sumergido en el agua, es del género de los cefalópodos… Para más datos, no tiene esqueleto, ni aletas…

—Greta también le vio… Gritó de miedo…

—Sí, sí —admitió Larry—, todo esto lo recuerdo muy bien. Pero no me basta para admitirlo como cierto.

—Pero yo no puedo creer que ninguno de mis hermanos… —y se le llenaron de lágrimas los ojos.

—Es duro para ti suponerlo, me hago cargo. Sin embargo, bien mirado, es mejor que no ignores mis recelos, así estarás prevenida contra… los tres. Porque mis suposiciones aún van más lejos, Rosalind. Y desgraciadamente no creo que me equivoque.

—¡Por Dios, Larry!

—Pienso… —dijo él, tras unos instantes de vacilación— que quien haya sido capaz de hacer eso con Greta, está como esclavizado, como endemoniado por el poder fascinante de ese collar… Así que, no creo que pare hasta tenerlo *completo*.

—¿Completo? —Y Rosalind se estrechó, asustadísima, contra el pecho de Larry.

—Y para tenerlo completo —agregó Larry Combard— le faltan ocho brillantes.

* * *

Aquella noche la cena había transcurrido más silenciosa que nunca. No había hablado nadie. Como si verdaderamente no tuvieran nada que decirse.

Mike sirvió con pulcritud, atento y respetuoso, como era proverbial en él. No obstante, había dado la sensación de estar más nervioso que de costumbre.

Fue Rosalind quien, ya en los postres, se dio cuenta de ello y preguntó al sirviente.

—¿Le pasa a usted algo, Mike?

—Nada, nada… —contestó, pero la voz le salió un tanto insegura—. En absoluto, señorita Rosalind.

—Me había parecido.

—No, no…

Acto seguido, Mike se retiró y de nuevo quedaron reunidos allí, en el comedor, los hermanos Mawford y Larry, que creyó llegado el momento de decir algo.

Pero no se le ocurría qué.

No obstante, en eso una idea le llegó al pensamiento y…

—Voy a estar un par de días fuera —dijo.

—¿Adónde vas? —le preguntó Herbert.

—A Londres —repuso, escueto.

—¡Oh, Larry! —Se lamentó Rosalind— no sabía que fueras a irte. ¿Cómo no me lo has dicho antes?

—Por no disgustarte —repuso él—. Pero no te preocupes, un par de días pasan pronto. Además, mañana hasta el mediodía aún estaré aquí. Pasaré a verte.

—Preferiría que te quedaras…

—Ya me lo imagino, cariño —sonrió él—, pero me resulta imposible. Tengo forzosamente que irme.

—Que tengas buen viaje —Cliff le miró desde el otro lado de la mesa.

—Gracias.

—Vas en coche, ¿no? —Pareció interesado James.

—Sí, claro —asintió Larry.

Ya hablaron poco más.

La velada estaba dando a su fin.

Poco después, Rosalind acompañaba a su novio hasta la puerta. Se hallaba llorosa, con un mohín acongojado en los labios.

—Después del miedo que me has metido en el cuerpo, te dispones tranquilamente a dejarme sola… ¡Larry, esto no me parece bien!

—Es justo y merecido tu reproche, cariño —dijo él—. Pero no tienes por qué preocuparte lo más mínimo, no pienso alejarme. Voy a estar pendiente de ti en todo momento. Sólo se ha tratado de una excusa.

—¿Qué te propones?

—Ante todo, defenderte a ti de… quien sea. Por eso me interesa que todos crean que voy a estar lejos. Así nadie recelará de mí.

—Pero ¿qué te propones? —insistió de nuevo, nerviosa.

—Te lo diré mañana. Vendré a verte a primera hora. Hasta entonces no te inquietes por nada y ten confianza en mí.

—Sí, Larry.

—Todo irá bien. No te sucederá nada. Sin embargo, te aconsejo que cierres bien la puerta de tu dormitorio.

—Sí, Larry.

—No te olvides de hacerlo. Parece una precaución innecesaria y quizá lo sea, pero ser precavido no cuesta nada.

—De acuerdo.

Y cuando Larry ya estuvo fuera, y ella se retiró a su dormitorio, lo primero que se dispuso a hacer fue cerrar con cerrojo.

Pero en el preciso instante en que iba a hacerlo así, sonaron unos nudillos en la puerta. Unos golpes tenues, discretos, apenas formulados.

—¿Quién…? —preguntó.

—Soy yo, Mary.

Reconoció la voz de la sirvienta.

Abrió.

—¿Qué quieres…?

—Hacerle saber una cosa. Aprovechando que los demás aún no suben… —nunca Rosalind le había visto tan sumamente excitada—. Se trata de Mike…

—¿Qué pasa con él?

—No es de fiar, señorita Rosalind. Le veo hacer cosas muy raras, muy extrañas, inexplicables, incomprensibles… Por ejemplo, ayer mismo… —pero se interrumpió, agitadísima—. No, ahora no puedo explicárselo. Ya suben sus hermanos. Ya oigo sus pisadas. En otro momento. Buenas noches, señorita Rosalind.

—¡Pero, Mary —quiso retenerla—, que estemos hablando no tiene nada de particular!

—Mañana… —susurró—. Mañana se lo explicaré todo —y desapareció discretamente a lo largo del pasillo.

Rosalind cerró la puerta y pasó el cerrojo, cada vez más convencida de la necesidad de hacerlo de este modo.

Miró a su alrededor. El dormitorio se le antojó frío y desacogedor.

Siempre le había gustado aquella estancia amplia, bien amueblada, con cortinas de color verde, del mismo tono verde que el tapizado de los sillones, con un espléndido ventanal orientado hacia el acantilado. Pero esta noche no le gustaba en absoluto.

Pensó:

«Larry me dirá mañana lo que se propone… Y mañana también me dirá Mary lo que sabe… Mañana será un día importante, quizá trascendental… Tengo ganas de que sea mañana…».

6

Pero el día siguiente empezó mal.

Peor no pudo empezar.

En la cala, junto al acantilado, apareció el cadáver de Herbert Mawford.

El mar estaba ya algo agitado y las olas llegaban hasta su cuerpo… destrozado, materialmente aplastado.

Exactamente como el de Greta. Resultaba indudable, evidente, que una misma causa había acabado implacablemente con sus vidas.

La voz de alarma la dio Cliff, que fue el primero en levantarse.

Solía pasear por la explanada, acodándose sobre la balaustrada que se asomaba al acantilado. Y al mirar hacia la cala, vio el cuerpo de su hermano menor.

Desde allí no le reconoció. No era posible hacerlo. Pero el color claro de sus pantalones y el tono rojo de su jersey… ¡Herbert solía vestir así!

Al llegar a la cala, Cliff y los demás, que acudieron presurosos a sus voces, se dieron cuenta de que, en efecto, se trataba de Herbert; aunque era, más bien, un montón de carne reventada. Casi irreconocible.

Como en el caso de Greta, habían desaparecido los ojos de sus cuencas, la nariz estaba partida, casi amputada, y la boca sólo era un agujero rasgado donde apenas quedaban dientes.

Nadie le había oído gritar. Pero todos, estremecidos sintieron como si oyeran sus gritos… Gritos y alaridos de espanto… Gritos y alaridos desaforados, de horrible dolor, que parecían llegar de los

abismos del infierno…

En medio de sus lágrimas, Rosalind empezó a mirar con horror, con verdadero terror, a su alrededor.

Sí, Larry tenía razón en sus suposiciones, el pulpo gigante que todos habían visto no era más que una vulgar estratagema del asesino…

En cuyo caso el asesino estaba a su lado. Pero ¿quién podía ser el asesino…?

Y ya eran dos las víctimas que caían.

Quizá la policía pudiera averiguar algo, sacar algo en claro de aquellos hechos.

Pero la policía se limitó, como en el caso de Greta, a hacerles saber el diagnóstico de la autopsia: muerte por presión brutal de ocho brazos monstruosos. Y con tal tesis aceptó, o pareció aceptar, que el pulpo había acabado con una nueva vida.

En realidad, el asunto quedó detenido en este punto a falta de otras pruebas.

Pero Larry seguía convencido de que todo aquello era mucho más complicado. Por lo que se hizo a la idea de tener los ojos muy abiertos. Por el bien de Rosalind y por el suyo propio.

—¿No te ibas a Londres…? —le preguntó James.

Hacía ya varios días de la muerte de Herbert.

Desde el sillón en que se hallaba fumando, Larry le miró. Procuró mostrarse lo más natural del mundo.

—Con todo lo que ha pasado, me ha sabido mal dejar sola a Rosalind.

—Comprendo —dijo James, sin otro comentario.

—Pero tendré que irme un día de éstos —agregó Larry.

—A propósito —repuso Cliff. Desde hacía rato estaba paseando nerviosamente por la estancia—. ¿Qué vamos a hacer con los brillantes de Herbert? Son dos brillantes y nosotros tres hermanos. Como no se pueden partir…

El ambiente se hizo tan electrizante, que Larry y Rosalind sintieron como si sus epidermis recibieran chispazos.

De momento nadie acertó a responder nada.

Y menos que nadie, Rosalind, que acuciada por mil temores distintos e imprecisos, se vio en la imposibilidad de articular palabra ninguna.

Finalmente fue Larry quien habló.

—Pues es muy sencillo —dijo—. Uno para ti, Cliff, y el otro para ti, James. Con Rosalind no hace falta que contéis.

—Pero Rosalind tiene derecho a un tercio de esos brillantes —repuso James, con su tic nervioso— o por lo menos a un tercio de su precio aproximado.

—No os preocupéis —repuso Larry—. Además, los dos brillantes de ella también os los da.

—¡Pero, Larry, yo…! —exclamó Rosalind.

Había protestado de su generosidad. Aunque su protesta fue hecha de un modo débil e inseguro, pues no desconocía las causas por las que su novio quería hacerle renunciar voluntariamente a algo que le pertenecía.

—Ya hemos hablado muchas veces de esto —sonrió Larry—, quiero que vivamos de lo que yo gane, no de lo que tú tienes.

—Pero con esos brillantes yo deseaba hacerme unos pendientes… —empezó a decir Rosalind.

—No necesitas lucir brillantes para estar guapa. A mí me gustas así.

—Pero es un recuerdo de familia… —insistió Rosalind.

—Nada, nada… —con su tono superficial quitaba toda trascendencia a lo que hablaban—. Rosalind renuncia a lo que le toca de los brillantes de Herbert y además os entregará los suyos. Por tanto, queda ya muy sencillo el reparto. Dos para ti, Cliff —miró al interesado, cuyos ojos relucieron inconteniblemente— y los otros dos para ti, James… No hay por qué hablar más de todo esto.

Rosalind no opuso ya nada. Se calló.

Pensó que, quizá, era aquélla la mejor medida que Larry podía haber tomado.

Y de este modo, Larry se lo ratificó, cuando, poco después, se encontraron a solas.

—Recuerda lo que te dije, el asesino quiere el collar *completo*. Por lo que, tener en tu poder esos brillantes equivaldría a un peligro excesivo. No quiero perderte, Rosalind.

—Pero yo no creo, Larry, que uno de mis propios hermanos haya sido quien… —pero se detuvo sin concluir la frase, porque desgraciadamente a sí misma le faltaba convicción.

—Hazte cargo, Rosalind, es mejor que te desprendas de esos

brillantes. Y no te sepa mal, te lo ruego, que haya hablado en tu nombre.

—Sé que lo has hecho por cariño hacia mí. No puede saberme mal, Larry. Todo lo contrario.

—Me alegra que te muestres comprensiva, cariño.

—Claro que sí, Larry.

—Pues no te entretengas y vete a buscar los brillantes. Y repártelos entre tus hermanos. ¡Y si se quieren matar por ellos, al menos que te dejen al margen a ti!

—A pesar de todo… estoy segura de que no son ciertas tus sospechas —ella se resistía una vez más a admitirlo, por lo menos de boca para afuera—. Sería algo demasiado horrible, Larry. Debes comprenderlo.

—Quizá tengas razón —admitió él— y yo me esté obcecando por las apariencias. De todos modos, pronto llegaré a una conclusión. Así que lleve a cabo mi propósito… —y agregó—: ¿Te acuerdas que tenía la intención de fingir que me iba a Londres, para de este modo, sin que nadie en absoluto recelase de mí…?

—Pero no me dijiste lo que te proponías, y sigo sin saberlo. Me lo ibas a decir a la mañana siguiente, pero apareció el cadáver de Herbert y… anda, dímelo ahora.

—Voy a ir a…

—¿Adónde? —preguntó al ver que se había interrumpido.

—A la gruta.

—¿Queeé…? —Y ni un hilo de voz le salió.

Había quedado tan muerta de miedo, que ni sus palpitaciones oía. Igual que si el corazón se le hubiera parado.

—Lo que has oído —dijo Larry—. Exactamente eso. Debo ir allí, es imprescindible. No queda otra alternativa.

—¡No, Larry, por favor! —suplicó, estrechándose cariñosamente contra él—. ¡Correrías un riesgo horrible, mortal!

—Posiblemente… si el asesino supiera que voy a ir. Pero no va a saberlo. Tú eres la única que vas a estar al corriente de esto.

—Pero ¿y si el asesino es sólo un producto de tu imaginación, Larry, y el pulpo existe en verdad…? En ese caso, la gruta es su guarida y allí le encontrarías…

—No le encontraré —afirmó Larry—, porque ese pulpo no es más que una falsa evocación del pasado. La gruta estará vacía.

—Pero ¿qué esperas encontrar allí? Algo debe ser cuando no se te quita la idea.

—No, no se me quita. Pero nadie debe saberlo, recuérdalo bien. En eso estriba mi seguridad, Rosalind. Sí, mi seguridad estriba solamente en que el asesino no sepa que voy a ir. Si lo supiera me esperaría allí y posiblemente nada podría contra él.

—No diré nada a nadie —prometió Rosalind—. Por mí puedes estar tranquilo. Pero ¿para qué quieres ir? ¿Qué esperas encontrar allí? ¿Algo en concreto?

—Busco una respuesta —dijo Larry—. Presiento que la tengo allí. Debo ir a buscarla. En fin, al regreso hablaremos más detenidamente. De momento diré que me voy a Londres… Y esta misma noche, antes de que el mar vuelva a mostrarse embravecido, antes de que las olas vuelvan a taponar la entrada de la gruta…

—¡Ten cuidado, Larry!

Él la sintió desfallecida de pies a cabeza, y más asustada que nunca.

—Tendré cuidado, no te preocupes.

—¿No puedo yo ayudarte en algo?

—En nada, cariño —sonriendo agregó—: Pero no va a ser tan complicado. Sé nadar y bucear perfectamente.

—Lo sé, pero estas circunstancias son distintas. ¿A qué hora vas a ir…?

—Esta misma noche —dijo, pero sin precisar.

—Pero ¿a qué hora más o menos…? —insistió Rosalind, con un brillo especial en sus pupilas.

Un brillo mal contenido.

—A eso de medianoche —concretó Larry.

* * *

Cuando ya Larry se había ido, vio de lejos a Mary. A la sirvienta.

Estaba en la explanada, junto a las macetas colocadas de adorno junto a la balaustrada.

Y Rosalind recordó lo que le había dicho aquella noche…

Un tema que no habían vuelto a tocar. ¡Herbert había muerto y todo aquello había sido tan doloroso!

Quedó postergada, pues, aquella conversación.

Una conversación que Mary por su parte tampoco parecía tener deseos de proseguir. La prueba, que no había vuelto a hacer mención de la misma.

Pero Rosalind se hallaba ahora muy angustiada, muy asustada, lo que no le impedía haber decidido ir ella también a la gruta. No, no podía dejar solo a Larry en esos difíciles y comprometidos momentos. Debía permanecer a su lado, arrastrando las posibles consecuencias. Ella le quería con toda su alma.

Y por eso, porque era mucha su angustia y su miedo, pensó que aquél era el momento idóneo para acercarse a Mary y preguntarle qué habían significado sus palabras de aquella noche.

Posiblemente no tendrían la importancia que en un principio les dio, pero quizá sí.

Como fuera, tenía que saber a qué atenerse.

Pero cuando Rosalind fue a su encuentro y le preguntó al respecto, Mary fue todo evasivas.

Se mostró sumamente escurridiza.

Hasta que la muchacha, enfadada, muy nerviosa, se encaró con ella abiertamente. No estaba dispuesta a que le tomara el pelo y es lo que parecía estar haciendo.

—Vamos por partes, Mary —repuso—. ¿Tú no llamaste a mi dormitorio y entonces, cuando yo te abrí, me dijiste, por cierto en un estado de nervios sumamente excitado, que Mike no es de fiar, que le veías hacer cosas muy raras, muy extrañas, inexplicables, incomprensibles…? ¿No es eso, Mary?

—Sí, sí —asintió la sirvienta, empezando a sudar—, pero en realidad me inquieté por nada. Soy una tonta… Una redomada tonta… No tome usted en cuenta lo que le dije…

—Pues sí, lo tomo en cuenta —le hizo saber Rosalind— y cuanto más haces por no hablar, más me reafirmo en la creencia de que el tema vale la pena.

—No, no… —y sudaba ya tanto, que su frente se hallaba inundada—, le aseguro que fueron tonterías mías…

—Tonterías que vas a explicarme y entonces yo te diré si lo son o no lo son.

—Es que no… no…

—No, ¿qué? —la apremió—. ¡Habla de una vez! No comprendo

por qué haces una montaña de esto —y con un tono más suave—: ¿Qué pasa, Mary, no tienes confianza en mí?

—Claro que sí, señorita Rosalind —la miraba con sumo afecto—. ¡Cómo no voy a tenérsela, si son ya tantos años en esta casa! La conozco a usted desde niña, pero…

—Pero ¿qué? —volvió a apremiarla.

La sirvienta miró con recelo a su alrededor. Con un recelo enorme. O mejor dicho, con un miedo que no le cabía dentro.

—No puedo decírselo… —murmuró finalmente.

—¿Por qué no? —preguntó Rosalind.

—Me han amenazado —y le castañearon los dientes.

—¿Amenazarte…?

—Sí.

—¿Quién…? —Quiso saber.

—Quien menos puede usted imaginarse —seguían castañeándole los dientes.

—Yo no me imagino nada.

—Me han amenazado de muerte si hablo. ¡Todo esto es espantoso! ¡Aterrador! Es mejor que calle… Hágase cargo…

Ahora era Rosalind la que empezaba a sudar.

Ahora era Rosalind a quien empezaban a castañearle los dientes.

—Dímelo —rogó—, nadie ha de enterarse. Dime quién te ha amenazado. Dímelo, ¡por favor!

—Me juego la vida en esto, señorita Rosalind. Es jugarse demasiado. Sea tolerante conmigo.

—¿Ha sido Mike…?

—No.

—¿Estás segura…?

—Sí, sí. Pero, se lo ruego, no me pregunte más.

Comprendió que no le sacaría nada en claro.

Prefirió dejarlo estar.

Luego se lo explicaría a Larry y entre los dos pensarían lo que debían hacer. Ella sola no se veía capaz de dilucidar sobre el caso.

* * *

No mucho después, Rosalind iba en busca de sus hermanos, a los

que encontró en la biblioteca.

Les entregó los brillantes. Tal como Larry quería.

Y fue tan ávida y tan ansiosa la mirada de ambos, tanto la de James como la de Cliff, que la muchacha se quedó con un horrendo escalofrío metido dentro del cuerpo. Un escalofrío que no se podría sacar en mucho rato.

—Gracias, hermanita —dijo Cliff.

—Esto es demasiado —añadió James—. Te compensaremos con dinero cuando podamos. Ya hablaremos de eso.

Pero uno y otro cogieron con igual ansiedad y avidez los brillantes. Como si de algo valiosísimo y único se tratara.

«Valen mucho —pensó Rosalind—, son hermosísimos, pero no hay para tanto… Quizá sí hayan encontrado el collar y quieran completarlo… Pero si lo ha encontrado uno, no lo tiene el otro… Y a los dos les brilla lo mismo la mirada…».

—Larry no quiere mi dinero —dijo ella, disimulando lo mejor posible lo que sentía—. Ya le habéis oído. Quiere que yo viva solamente de lo que él gane.

Acto seguido, James y Cliff se fueron a guardar celosamente los brillantes. Cada uno en un lugar distinto. Cada uno donde el otro no lo supiera. Pero ambos, eso sí, en sus respectivos dormitorios.

Rosalind se quedó sola en la biblioteca.

Aunque esto fue de momento.

Apareció Mike, el mayordomo.

—Señorita Rosalind…

—Dígame —y ella le miró escrutadoramente, pues tenía, qué duda cabe, motivos para hacerlo así.

—Sé que Mary le ha hablado de mí y no precisamente en buenos términos. Créame que lo lamento de veras, muy de veras. Le aseguro que ha sido enteramente injusta… —se le veía muy violento.

—Se equivoca, Mike, nadie me ha hablado mal de usted. No comprendo qué le hace suponerlo así.

No quiso decir nada que pudiera comprometer a la sirvienta. Si ciertamente alguien le había amenazado de muerte, debía proceder con mucha prudencia.

—Suponía que… —le vio algo desconcertado—. Como hace poco estaban hablando…

—No hablábamos de usted, Mike. Pero, dígame, ¿qué le sucede…? No me explico…

—Nada, no me sucede nada.

Pero no siguieron hablando porque en aquel momento sonó el teléfono, seguido, persistente.

Mike se puso al aparato.

—Dígame.

—…

—Sí, señorita Mirtha.

—…

—La entiendo perfectamente. Claro que sí. Se expresa usted sin dar lugar a dudas.

—…

—No pase cuidado. Le repetiré sus palabras:

—…

—De acuerdo… De acuerdo… Quedo a sus órdenes, como siempre, señorita Mirtha.

Colgaron al otro lado del hilo.

De un modo muy violento. Rosalind incluso oyó el cloc.

Mike puso el auricular sobre la horquilla, y quedó a la espera de que Rosalind le preguntara quién era esa tal Mirtha.

Pregunta que, en efecto, no tardó en llegar.

—Es la amiga del señor.

—¿Qué amiga? —preguntó Rosalind—. ¿De qué señor…?

—La *amiguita*… para que usted mejor me entienda —dijo Mike —. Y me refiero a su hermano, el señor James…

—Ignoraba estas relaciones —y quiso saber—: ¿Hace mucho que duran? ¿Quién es ella? ¿La conoce usted?

—Esas relaciones empezaron hará un par de meses —repuso Mike—. Ella es un trapecista. Sí, la conozco, la he visto en varias ocasiones. Es muy descarada.

—¿Y qué encargo le ha dado para mi hermano? Supongo que podrá usted decírmelo.

—Por mí no hay inconveniente.

—Pues dígamelo.

Tardó un poco en responder.

Pero lo hizo sin demasiadas vacilaciones.

—Quiere que le dé dinero, una buena cantidad, o que le regale

brillantes. De lo contrario le va a plantar de una vez y para siempre. Está ya harta de su tacañería.

7

La noche no era excesivamente oscura, pero había mucha niebla. Hecha jirones desde el mismo suelo. Apenas se veía a unos metros de distancia.

Rosalind había conseguido salir sin ser vista.

Tenía miedo, y las piernas le temblaban, y las rodillas apenas le sostenían. Pero estaba decidida a no retroceder. Quería estar junto a Larry en aquellos momentos.

Descendió hasta la cala, quedándose inmovilizada durante unos instantes, paralizada, al poner los ojos en aquel trozo de arena donde estuvo, primero el cuerpo destrozado de Greta, y luego el de Herbert.

Sin embargo, se repuso relativamente pronto.

Se tenía por una chica valerosa.

Pero al desprenderse del vestido, bajo el que llevaba el traje de baño, tuvo frío. Un frío horrible.

La noche era cálida y la temperatura del agua debía ser buena, excelente.

Pero temblaba de miedo, de pánico. No de frío.

Sólo la confortaba el saber que en la gruta se reuniría con Larry.

Se echó al agua. No con excesiva decisión. Pero luego, ya a rítmicas brazadas, nadó hacia la derecha del acantilado.

Tardó más de diez minutos.

Ya cerca de la gruta, vio que las olas daban contra la entrada llenándola de espuma y remolinos.

No era esto lo que la inquietaba. Ella sólo temía al pulpo… Ella sólo temía al terrible y escalofriante riesgo que estaba afrontando.

Pero no, no afrontaba riesgos de tal índole. Cada vez se hallaba más convencida de que Larry tenía razón. Todo aquello únicamente formaba parte de un ardid.

Aprovechando los segundos de pausa entre la acometida de una ola y la otra, nadó rápida y cruzó la abertura, penetrando en la oscura gruta.

Allí no llegaba ninguna claridad.

Rosalind siguió nadando, tanteó con las manos y se encaramó a unas rocas, donde quedó quieta, a la espera de que Larry llegara.

Ahora con la cabeza tocaba el techo de la gruta. De lo que dedujo que ésta no debía ser excesivamente amplia.

Tiritaba… ¡Y de qué modo!

Pero estaba orgullosa de haber llegado hasta allí.

No obstante, debió pensar que allí la oscuridad sería completa. Debió, pues, ir con una linterna. Con algo que la ayudase a orientarse convenientemente.

Pero sin duda, Larry habría pensado más que ella.

—Cariño…

Oyó la voz a su lado. Muy suave. Para no asustarla.

—¡Larry!

Se abrazaron.

—¿Cómo has sido tan loca? —Y a ella no le hacía falta verle el rostro, para saber que estaba hondamente emocionado—. Esto sólo se te ocurre a ti.

—No quería dejarte solo.

El abrazo se hizo más fuerte. Ya sin palabras. Las palabras estaban de más.

—¿Has traído alguna luz? —preguntó ella, al poco.

—Sí —dijo Larry.

—Menos mal.

Encendieron una linterna eléctrica. Larry la llevaba cogida del cinturón del bañador, metida en una bolsa de hule.

Rosalind vio cómo Larry llevaba también, debidamente enfundada, una pistola.

Ya encendida la linterna, la gruta apareció mucho más grande de lo que uno y otro podían haber supuesto. Muchísimo más grande.

Por lo demás, no tardaron en dar con lo que Larry esperaba

encontrar. Exactamente con lo que buscaba. Ni más ni menos.

—¿Qué es esto? —preguntó Rosalind.

—El pulpo —dijo Larry—. Aquí lo tienes.

Sobre la roca más amplia y lisa de la gruta, permanecía amontonada la goma que, una vez hinchada, daba forma al pulpo monstruoso. Y allí estaban también los ocho tentáculos de hierro con su mecanismo siniestro.

Tal y como Larry lo había supuesto.

—¿Te das cuenta, Rosalind? Tenía razón en todo esto…

—Sí, Larry.

—Ahora sólo nos falta saber quién es el que se mete ahí dentro. Calla…, calla… —susurró, de pronto, y apagó la luz de la linterna —, me parece que oigo ruido…

Ella se estremeció, sintiendo que los pelos se le ponían de punta.

Efectivamente, alguien se acercaba a la gruta. Iba a entrar de un momento a otro. Braceaba enérgicamente.

Larry susurró al oído de la muchacha:

—No te muevas… No hagas el menor movimiento… No se ha de dar cuenta de nuestra presencia.

Quedaron inmóviles, pegados de espaldas a la pared de la gruta. Ella hecha un verdadero ovillo. Las respiraciones de ambos casi detenidas.

Alguien entró.

Alguien que se dirigió hacia el falso pulpo.

Alguien que maniobró en el mecanismo de hierro.

Sólo veían su sombra.

Larry hubiera intervenido, dispuesto a averiguar la identidad del asesino, pero estaba Rosalind a su lado y no quería ponerla en peligro. ¡Por nada del mundo!

Llevaba la pistola para cualquier emergencia que pudiera surgir, pero estando Rosalind junto a él todo cambiaba. Ella era lo primero.

Por eso siguió inmóvil.

La muchacha hizo otro tanto, comprendiendo que Larry no intervenía por no comprometer la seguridad de ella.

Se alegró de estar allí. Por descontado que sí.

Si Larry se hubiera encarado con el asesino, quizá éste pudiera más que él. Larry iba armado, pero posiblemente el asesino también. Mejor que no se entablara ninguna lucha.

Para desenmascarar al culpable, ya habría tiempo. Y métodos menos peligrosos.

Finalmente, y tras unos minutos que se les antojaron verdaderamente eternos, el desconocido consiguió formar al pulpo, en cuyo interior se metió. Luego el pulpo cayó al agua.

El desconocido no necesitó luz. Por lo visto conocía ya bien el interior de la gruta y lo que había dentro de ella.

Al poco, moviendo sus ocho tentáculos el pulpo salía de la gruta y bajo el agua se iba hacia…

No sabían exactamente hacia dónde.

Ellos optaron por permanecer allí un rato más.

Era preferible tomar precauciones.

Luego, cuando ya lo consideraron oportuno, salieron a su vez de allí. Nadando lentamente, sin hacer ruido.

Y así llegaron hasta el acantilado. Hasta donde éste ofrecía un camino accesible, que permitía subir, aunque con dificultades, hasta la explanada de la mansión.

Prefirieron este camino que ir por la cala. Una nueva precaución no estaría de más.

Y fue entonces, ya cerca de la explanada, cuando oyeron unos gritos horrendos, pavorosos, aterradores.

Y era Mary, la sirvienta, la que gritaba.

Miraron hacia la cala.

De allí llegaban los gritos.

Pero la oscuridad y la niebla no permitían ver nada. Sin embargo, adivinaban el espantoso espectáculo.

Cerca de la orilla, se arremolinaría el agua. Donde, de vez en cuando, surgiría la cabeza o el cuerpo de la infeliz mujer, apresada ya entre los ocho brazos del pulpo asesino.

Una agonía espantosa…

Volvieron a oírse los gritos, proferidos con aún más fuerza. Eran alaridos estremecedores, horripilantes…

Luego, el silencio. Un silencio de muerte.

Sí, en efecto. El pulpo había arrojado ya el cadáver de Mary sobre la arena de la cala.

Un cuerpo mutilado, destrozado, aplastado por cien lugares distintos.

Las características eran idénticas, las de siempre.

Un montón de carne reventada, habiendo desaparecido los ojos de sus cuencas, estando partida, casi amputada, la nariz, y siendo la boca sólo un agujero rasgado donde apenas quedaban dientes.

* * *

Larry corrió hacia la mansión de los Mawford.

Quería saber quién estaba allí y quién no estaba…

Un modo como otro de averiguar lo que pretendía.

Pero la carrera no le sirvió de mucho. Resultó que allí no había nadie. Es decir, James no estaba y Cliff tampoco.

—Han salido esta noche —había de notificarles Mike.

Seguía sin aclararse la situación.

Aquel caso iba a ser como los otros. Iba a tener el mismo desenlace.

A menos que él hablara con la policía.

Pero tras reflexionar un poco, prefirió no hacerlo así. Porque bien mirado, lo mejor que podía hacer era callar.

Si Rosalind dejó su vestido sobre la arena de la cala, posiblemente el asesino lo habría visto, deduciendo entonces, como es natural, que la muchacha se había echado al agua.

Partiendo de este punto y guiándose por la más sencilla de las lógicas, deduciría asimismo que la gruta ya no era lugar seguro.

De ir allí la policía, nada encontrarían.

Y sin pruebas que ofrecer, ¿qué iba a poder decir Larry a la policía que verdaderamente valiera la pena?

Era preferible que Rosalind y él hicieran el ver que seguían ignorantes de todo.

Esta postura no sólo les favorecía, sino que les permitiría seguir en la brecha.

Algo habían adelantado.

Sabían ya que el pulpo no existía.

8

—Me quedo bajo este techo mientras no se aclare esta situación —dijo Larry Combard—. Supongo que no os importa.

—Claro que no —contestó James.

—Por descontado que no —añadió Cliff.

—Y si me alejo durante algunas horas, Rosalind vendrá conmigo. No voy a dejarla sola por nada del mundo —y agregó—. Por suerte me dio por no ir a Londres. Tuve una buena corazonada viniendo de nuevo por aquí.

—Hablas de no dejar sola a Rosalind —dijo Cliff— como si el pulpo fuera un asesino que pudiera atraparnos en cualquier parte…

—Pero ¿tú crees sinceramente en la existencia de ese pulpo? —preguntó James a su hermano, y su tic era incesante.

—Sí, sí —asintió Cliff—. Debo rendirme a la evidencia. Supongo que a vosotros os sucede otro tanto. ¿No vistes tú, Larry, con tus propios ojos cómo destrozaba a Greta? Pues con los demás se repite el caso. Esto es todo.

—No comprendo cómo Herbert pudo acercarse a la cala. Ni cómo pudo acercarse Mary… —el tono de James era pura inquietud —. No tiene sentido lo que está sucediendo. Parecía tenerlo al principio, pero ya no… Ya no…

—¿Adónde quieres ir a parar? —Quiso saber Cliff.

—No sé… No sé… —murmuró.

Ya no dijo nada más, limitándose a mostrar una frente ensombrecida y una expresión sumamente preocupada.

Por su parte, Larry le observó a él, y también a Cliff, no haciendo ningún comentario.

Lo hizo después, diciendo a Rosalind:

—Ambos parecen impresionados por la muerte de Mary… Como si fuera la gota que hubiera desbordado el vaso… James acusa más visiblemente, al parecer, el hecho en sí… Pero Cliff, a su manera, también… En fin, es preciso averiguar si fingen o no…

—¿Cómo averiguarlo, Larry?

—Sabiendo dónde estaban y qué hacían a aquella hora… A la hora en que el pulpo mató a Mary… Poco más de medianoche…

—Sí, claro —asintió Rosalind—, pero ¿de qué modo saberlo…?

—¿No me has hablado de una tal Mirtha? Ella puede ser un buen punto de partida.

—Sí, en efecto —repuso la muchacha—, por lo que respecta a James. En cuanto a Cliff, creo que va a ser mucho más difícil localizar sus pasos.

—No tanto —dijo Larry—. Llegado el momento pienso preguntarle abiertamente dónde estuvo. Así, a las claras, sin ambages. Pero antes podemos empezar por tu hermano mayor, o por Mirtha, que viene a ser lo mismo, ¿no te parece?

—Sí, Larry.

Pero lo cierto es que habían de empezar por Mike.

Porque fue el propio Mike quien quiso hablar con ellos. Pero con ellos a solas. El asunto era delicado y no quería en modo alguno airearlo a los cuatro vientos.

—Tú dirás, Mike.

Pero no había de hablar mientras no hubo cerrado la puerta del saloncito, que era donde la pareja se hallaba en aquellos momentos. De este modo aseguraba que nadie oyera sus confidencias.

—Tú dirás —repitió Rosalind.

—Estoy seriamente preocupado —empezó a decir—, por lo que en un principio supuse que no encerraba la menor importancia. Pero las circunstancias se están complicando alarmantemente…

—Puedes expresarte con toda tranquilidad —intercaló Larry—. Nos haremos cargo de lo que sea.

—No vaya a ser —dijo Mike— que al final de cuentas yo pueda parecer sospechoso de algo que… soy inocente.

—Sigue, Mike —intentó sonreír la muchacha.

—Se trata —el sirviente carraspeó— de que desde hace tiempo me percato de cosas raras que pasan en esta casa. Cosas que yo

hubiera puesto enseguida en conocimiento de usted, señorita Rosalind, pero… pero…

Se detuvo.

No obstante, tras volver a carraspear, prosiguió:

—Pero me encontré cincuenta libras en mi habitación, bajo la almohada, con una nota que decía: «Tú no has visto nada extraño. Recibirás más dinero». Y yo cogí las cincuenta libras y permanecí callado.

—¿Qué de extraño habías visto? —preguntó Rosalind—. ¿A qué cosas raras te refieres…?

—Habían desaparecido algunas llaves… Veía pisadas donde no debía haberlas… Pero yo suponía que se trataba de la *amiguita* del señor James, la señorita Mirtha… Pensaba que por las noches el señor James la querría tener en su dormitorio y que la hacía pasar a escondidas… Supuse que, para que no hablara más de la cuenta, el señor James me daba generosamente esas libras…

—Sigue —y Larry fruncía el entrecejo.

—Pero he comprendido que mis suposiciones eran totalmente erróneas. En esto no tiene nada que ver la señorita Mirtha ni sus amores con el señor James… Aquí hay algo más. Ya no puedo dudarlo después de la muerte de Mary… Porque fue Mary quien desconfió de mí y quien estaba dispuesta a no permitirme deslealtades de ninguna índole. Pero alguien la amenazó de muerte. Ella misma me lo dijo. Ya ven, ha muerto.

—El pulpo la ha matado —dijo Rosalind, y le miró con insistencia.

—No me lo explico —repuso Mike—, no puedo explicármelo. Mary me juró que no se acercaría a la cala ni por todo el oro del mundo.

—¿Algo más, Mike? —Y seguía fruncida la frente de Larry, en duro gesto de reflexión.

—Esto es todo. He querido que lo supieran —y agregó—: No les he mentido en nada, pueden creerme.

—Le creemos, Mike.

Desde luego, tanto Larry como la muchacha no ponían ya en duda la total y absoluta sinceridad del sirviente.

* * *

Sabían que Mirtha era trapecista.

Pero no imaginaban que trabajaba en el mismo circo de Greta. Menos aún, que actualmente formara pareja con Cornel, aquel hombre alto y fuerte, de unos cuarenta años, que disparaba a quince metros de distancia y daba en las bombillas encendidas que recortaban la silueta de su compañera.

Llegaron al circo al atardecer.

Se oían los ecos de la función, bajo el gran toldo de lona. Fragmentos de música, aplausos y risas.

Los tiovivos no cesaban de dar vueltas y más vueltas. Como siempre. Y como siempre los chiquillos se divertían muchísimo, gritando de alegría y emoción.

Tampoco estaba quieta la ruleta de la suerte. El público, incansable, quería probar fortuna.

Asimismo, el público se agolpaba ante las pintarrajeadas casetas de tiro al blanco.

En resumidas cuentas, el espectáculo que los habituales se sabían de memoria.

Preguntaron por Mirtha.

—Ahí la tienen…

Pasaba casualmente cerca de ellos.

Larry Combard se le acercó.

—Buenas tardes…

Ella hubiera pensado que había hecho una conquista, nada despreciable por cierto, pero Rosalind acababa de acercarse a su vez. Se vio obligada a pensar otra cosa.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—Hablar con usted —dijo Larry—. Pero si llegamos en mal momento, si debe actuar, la esperaremos lo que sea preciso.

—He acabado ya mi número —repuso, sin más.

—Deseamos preguntarle algo referente a James Mawford.

—¡Ah, ya!

—¿Cuándo le vio por última vez?

—¿Es usted de la policía…? ¡Ya me figuraba yo algo así! A ustedes, los poli, los huelo a distancia.

—Pues le falla el olfato —repuso Larry—, no soy de la policía. Y la prueba la tiene en que no vengo a sacarle ninguna información, tan sólo a rogársela y a… pagársela —sacó un par de billetes y se

los puso en las manos.

—Esto ya es otra cosa —sonrió Mirtha.

—¿Le vio usted la noche del día…?

Larry Combard se refería, exactamente, a la noche en que Mary murió.

—Sí, le vi —respondió Mirtha, con naturalidad—, pero no hicimos más que enfadarnos.

—Si pudiera decirnos por qué…

—Es usted curioso, ¿eh, joven? Pero, bueno —se encogió de hombros—, me ha pagado por hablar. Pues bien, nos enfadamos porque me encontró en el carromato de Cornel.

—¿Cornel…? —preguntó Larry—. ¿El mismo que, no hace mucho, formaba pareja con una tal Greta…?

—Sí, el mismo. Ahora soy yo la que formo pareja con él. Prefiero afrontar el relativo riesgo de su puntería, que el mortal peligro del trapecio… Ahora el público lo quiere todo sin red, ¿sabe usted?, y yo quisiera morirme vieja.

—¿Es usted la novia de Cornel? —preguntó Larry.

—Oiga, amigo —le miró con descaro—, ¿a qué llama usted ser la novia de un hombre? Si para usted significa lo mismo que para mí, sepa que mi novio es James Mawford, pero también otros, entre éstos Cornel… No es extraño, es lógico, el pobre debe distraerse… No se va a acostar con una muerta, ¡digo yo!

—¿Una muerta? —preguntó esta vez Rosalind.

—Me refiero a su otra compañera de trabajo. Esa Greta que ha mencionado usted. Se querían y hacía ya tiempo de eso. Ella se fijó en un tipo rico y se casó con él. Pero a pesar de eso, ella venía por aquí de vez en cuando. Lo aprovechaban de lo lindo… Sin embargo, la chica esa no tuvo suerte y murió. Una muerte horrible, según me dijeron.

—Prosiga, por favor.

—No sé que más voy a decirle. Cornel se quedó muy impresionado, muy triste, pero ¡qué quiere usted, amigo, la vida es una rueda!

—Bueno, en realidad creo que nos hemos apartado un poco del tema primordial —dijo Larry—. Nos decía que aquella noche usted y James se vieron, pero que no hicieron más que enfadarse. ¿Quiere eso significar que James se fue enseguida?

—No, no, se quedó conmigo… —se rió—. Pasó a mi lado toda la noche.

—¿Seguro?

—¡Y tanto! ¡Y lo vieron todos! Yo no me escondo de nadie. Pero fuimos de discusión en discusión… Yo quería que me hiciera un buen regalo y él insistía en que sólo me lo haría cuando estuviera convencido de que yo le soy fiel… ¡Fiel yo! —Volvió a reírse…

Y le lanzó a Larry una mirada avasalladora.

A Rosalind no le gustó nada aquello. Pero hizo como si no se diera cuenta.

—¿Qué regalo quería usted que le hiciera? ¿Acaso unos brillantes…?

—Pues sí —asintió—. ¡Sí que es usted un tipo listo, amigo! Exactamente unos brillantes. A falta de dinero contante y sonante…

—¿Se los dio finalmente?

—No. Pero… —volvió a reírse— no tardaré en sacárselos. Pero de fiel… nada. Absolutamente nada, amigo, lo que pongo en su conocimiento para cuanto guste mandar…

—¡Vámonos ya, Larry! —Se impacientó Rosalind, cogiéndole por un brazo y tirando hacia el otro lado.

Larry no quiso disgustarla. Ni ponerla celosa.

Por lo demás, Mirtha ya les había dicho cuanto pudiera interesarles. Respecto a James sabían ya bastante.

—Ahora falta saber dónde estuvo Cliff —dijo Larry, conduciendo el coche, ya de regreso.

—¿Vas a preguntárselo? —Quiso saber la muchacha.

—Apenas lleguemos.

—¿No te asusta que…? —Ella se estremeció.

—No me asusta nada —le había interrumpido—. Estoy dispuesto a llegar hasta el final de este asunto.

—Cada vez sospechas más de Cliff, ¿no es eso, Larry?

Pero Larry Combard no contestó.

No quería precipitarse en sus juicios.

9

La mansión perfilaba su silueta grave, severa, a través de la niebla.

A Rosalind siempre le había llenado de orgullo aquel espectáculo, que aparecía después de dejar atrás la curva de la carretera.

Pero en esta ocasión le daban tentaciones de rogar a Larry que volviera atrás.

Cada vez le asustaba más aquella casa, donde tantos hechos horribles habían acaecido. Y donde parecía vivir un perturbado mental. Alguien obsesionado hasta la locura por un collar de brillantes, que todo hacía pensar que había sido hallado…

De lo contrario, no tendría sentido esas horrendas y escalofriantes muertes.

Pero negarse a llegar a la mansión, era como dar por seguro que Cliff, en esos momentos el sospechoso número uno, era en realidad el asesino…

Y ella se resistía a admitirlo.

Necesitaba pruebas para aceptar su culpabilidad, o la de James, porque se trataba de sus propios hermanos y algo dentro de ella, pese a todo, los defendía enconadamente.

Sin embargo, las sospechas se iban acumulando de un modo desalentador y eso hacía que, aún sin ella desearlo así, le diera miedo llegar hasta aquel lugar.

Pero llegaría con Larry. Junto a él todo era más tolerable.

Mike les franqueó la entrada. Con el aspecto atento, servicial y respetuoso de sus mejores días.

—El señor James no cesa de preguntar por ustedes —les comunicó.

—¿Dónde está? —preguntó Rosalind.

—El señor James se encuentra en la biblioteca —dijo Mike—. El señor Cliff en sus habitaciones, pues parece aquejarle un fuerte dolor de cabeza.

Larry y la muchacha se dirigieron hacia la biblioteca, cuya puerta encontraron entornada.

Pero, tras penetrar en la estancia, la cerraron a sus espaldas. La cerraron del todo.

Quizá adivinando que James quería poner en conocimiento de ellos algo importante, algo que era preferible que no oyera nadie.

Le encontraron fumando nerviosamente, angustiosamente. Casi faltándole el aliento. Pero al verles llegar lanzó un suspiro de alivio. De verdadero alivio.

—Os esperaba.

—Pareces muy alterado —repuso Larry.

—Sí, sí —admitió James—, y no debe extrañaros. Tengo un presentimiento terrible.

—¿Qué clase de presentimiento? —le preguntó su hermana.

—Me van a matar…

—¡No! —la exclamación de Rosalind fue un incontenible y pavoroso sollozo.

—Sí, me van a matar —reafirmó, fatalista— y lo peor es que no acierto a adivinar quién pueda ser… Debiera irme de aquí, huir, muy lejos, pero no puedo hacerlo…

—¿Por qué no? —inquirió Larry.

—Tengo otro presentimiento —dijo James—. Cliff también va a morir. Y si él muere antes que yo, quiero sus cuatro brillantes. Sí, los quiero, antes de que el asesino se los lleve…

—¿Qué estás diciendo? —Rosalind se sentía verdaderamente horrorizada.

—La verdad. Si muere Cliff, yo quiero sus brillantes. Lo mismo que él querrá los míos si yo muero antes.

—Es horrible lo que estás diciendo.

—Debo ser sincero con vosotros. No estaría bien que mintiera a estas alturas. Es ya un poco tarde para eso.

—¿Por qué tienes tanto empeño en conseguir esos brillantes? —

Quiso saber Larry, pero de antemano se sabía la respuesta.

—Quiero esos brillantes para regalárselos a una mujer. A una mujer que me trae loco.

—¿Mirtha?

—Sí. ¿La conoces?

—Un poco.

—¿Qué te ha parecido?

—¿Qué quieres que me parezca…? Una desgracia para un hombre como tú. Una buena distracción para muchos hombres.

—No te ha parecido de fiar, ¿es eso?

—No es que me lo haya parecido. No es de fiar. Respuesta tajante. Hecho evidente.

—Creo que tienes razón, Larry. Pero yo no puedo ya reaccionar con sensatez. De todos modos —puntualizó— no es aún tarde para que vosotros os vayáis de aquí y no volváis en mucho tiempo. Aquí ronda la muerte… ¿No oís sus pasos sigilosos? ¿No os llega su aliento helado? ¿No sentís sus mortales escalofríos…?

—Si crees que hay peligro y si de alguien desconfías, lo mejor será avisar a la policía —afirmó Larry.

—No desconfío de nadie, ya te lo he dicho. Esto es lo malo, mis presentimientos parecen no tener fundamento ninguno. En cuanto a avisar a la policía, quizá fuera lo mejor.

—Tú no crees en la existencia de ese pulpo gigantesco, ese pulpo asesino, ¿no es cierto, James?

—Creía al principio —reconoció— cuando le vi con mis propios ojos cogido a las rocas… Cuando vosotros le visteis destrozar a Greta… Pero desde entonces he cambiado de parecer…

—Dime lo que piensas ahora.

—Que alguien quiere destruirnos, Larry. Eliminándonos uno a uno, pretende que no quede nadie…

—Pero esto, ¿por qué…? Algo debes deducir.

—Puesto a deducir, supongo que mi imaginación no se queda a la zaga de la tuya. El collar de nuestra abuela ha sido hallado después de más de sesenta años. Sí, estoy seguro… Pero no sé quién ha dado con él… Y ahora, el asesino quiere completarlo…

Rosalind se aterrorizó más y más, ante esta similitud de pensamientos, de ideas, de razonamientos.

—Algo muy parecido a lo que piensas tú, Larry —siguió

diciendo James—. Por eso hiciste que Rosalind nos cediera voluntariamente sus brillantes… Porque tú, a más de deducir eso, también piensas que Cliff o yo podemos ser, ¿por qué no, si todo encaja en este rompecabezas?, el que haya…

Se detuvo, porque Rosalind se había echado a llorar en sus brazos, desgarradoramente.

—¡No, James! ¡Ni tú ni Cliff, estoy segura!

—Vete de aquí pronto, lo antes posible, hermanita… —cogiéndola suavemente por los hombros, la apartó de sí y la miró con cariño—. Tú debes quedar al margen de todo esto. Por favor, Larry, llévatela ahora que es tiempo.

—Sí, voy a hacerlo —dijo Larry, convencido de que había llegado el momento de hacerlo así. Sin lugar a dudas—. Pero antes iré a ver a Cliff… Tengo que hacerle un par de preguntas.

—Pero luego vete, Larry. Llévate a Rosalind lejos de aquí. ¿Prométeme que lo harás?

Había en James mucha angustia, mucha desazón. Y en su cuerpo, continuos y persistentes estremecimientos.

—Te lo prometo —repuso Larry.

* * *

Llamaron a la puerta.

—Adelante —era la voz de Cliff.

Larry y la muchacha entraron en el dormitorio. Le encontraron hundido en un sillón, con la cabeza baja, con la barbilla incrustada en el pecho.

—Nos ha dicho Mike que no te encuentras bien —dijo Rosalind.

—Sí, sí, estoy perfectamente —desmintió—. Sólo que necesitaba estar sin nadie. Necesitaba reflexionar.

—¿Sobre la muerte de Mary? —preguntó Larry, con la mirada escrutadoramente clavada en él—. ¿Sobre la muerte de Greta y Herbert? Son ya tres las víctimas…

—Sí —reconoció—, era preciso que pensara en todo eso. Es tan horroroso… Cuesta creer que haya sucedido.

—Venía, Cliff, a preguntarte algo —Larry lo soltó sin más—. No vas a molestarte conmigo, ¿verdad?

—Pregúntame lo que quieras —seguía hundido en el sillón—. En cuanto a que yo pueda molestarme contigo, en absoluto. Tú sabes de sobras, Larry, que siento por ti un sincero aprecio. Rosalind ha tenido suerte encontrando en su camino un hombre tan recto y tan entero como tú.

—Gracias. En realidad, yo también os aprecio sinceramente a todos… Pero la situación se ha hecho tan tirante, tan sospechosa, que me veo obligado a…

—¿A desconfiar de mí? —preguntó Cliff—. No, no te avergüence reconocerlo. Quizá no me merezca otra cosa. En fin, venga esa pregunta.

Larry se sentía violento, pero se la formuló. Era la única manera de aclarar aquella situación.

—¿Adónde fuiste la noche que Mary murió…?

Cliff le miró rectamente, y respondió sin la menor vacilación, de una manera que, por descontado, no daba opción a desconfiar de su sinceridad.

—Al circo de Greta.

—¿Al circo…? —Se asombró Larry.

—Sí —repuso Cliff—. Quería interrogar a algunos de sus compañeros de profesión.

—¿Podemos saber qué pretendías? —insistió Larry.

—Sí, claro, ¿por qué no? —Se encogió de hombros en un gesto infinitamente desalentado—. Me casé muy enamorado de Greta, más aún de lo que vosotros podáis imaginar… Su muerte me dejó un vacío horrible… Pero una amiga suya, una tal Mirtha, cometió una indiscreción y debido a ello me vi obligado a sospechar que Greta me había sido infiel… Me refiero, claro está, a después de nuestro matrimonio.

Se interrumpió.

Seguía hundido en el sillón.

—Pensé que lo mejor era ir a cerciorarme de esa sospecha mía —prosiguió Cliff—. Si verdaderamente Greta no me había amado nunca, ¿qué hacía yo llorando, sintiéndome desolado ante su muerte? Resultaba ridículo, ¿no os parece? Pues sí, decidí ir a saber qué había de cierto… Preguntando aquí y allá sacaría conclusiones… Y fui esa noche, precisamente la noche a que os estáis refiriendo…

—Comprendo —dijo Larry.

—En cuanto a lo que conseguí averiguar —puesto a hablar no le importaba decirlo ya todo— no fue nada alentador. Greta apenas salía de esta casa, pero cuando lo hacía era siempre para ir a parar a los brazos de otro hombre… Para más datos, a los brazos de su ex compañero de trabajo, Cornel.

—Puede que no te informaran debidamente —Larry quiso apaciguar, suavizar un poco aquel dolor, incisivo e hiriente, que ahora traslucía el rostro de Cliff.

—Sí, sí, me informaron perfectamente. Todos coinciden. Desde Mirtha al propio Cornel… Nadie me ocultó nada. Por lo visto, muerta ya Greta consideraron que ya no valía la pena tomarse la molestia de mentir.

—Mirtha —dijo Larry— es la amante de James. ¿Lo sabías?

—Desde luego —repuso—. Por cierto, la noche esa le vi… Me refiero a James. Estaba con ella. Pero sus relaciones no parecían muy amigables, discutían acaloradamente. Aunque ya me imagino cómo acabarían. Como siempre. Acostándose juntos.

—Mirtha es una mujer muy poco recomendable —dijo Larry— por lo menos a mí me ha causado esa impresión. ¿Opinas tú lo mismo, Cliff?

—Lo que me molesta y me irrita de Mirtha —confesó— es que se ha empeñado en que James le dé los brillantes… ¡Y los brillantes pertenecen al collar de nuestra abuela!

Por primera vez desde que estaban en el dormitorio, Cliff les demostró que había aún esperanzas y anhelos dentro de él.

—Pero el collar desapareció hace muchos años —intercaló Rosalind—. Demasiados para que aún confíes en encontrarlo.

—Pues confío —asintió Cliff—. En realidad, es ésta ya la única ilusión que me queda. ¿Por qué no he de encontrarlo…? Seguro que está en esta casa.

—Has buscado ya mucho, siempre infructuosamente.

—Sí, es cierto —reconoció—, pero aún puedo buscar más. De todos modos… —les miró al uno y al otro, pero no se decidió a concluir la frase.

—De todos modos… —Larry le animó a proseguir.

—Temo que alguien pretenda lo mismo que yo, es decir, encontrar el collar y completarlo… Por eso no me extrañaría nada

que alguien me matara…

—¡No!

De nuevo surgió la ahogada exclamación de Rosalind.

Que fue, como antes ante James, un incontenible y pavoroso sollozo.

—Sí, puede que me maten… —y Cliff parecía haber oído a James, pues repitió sus propias palabras—. Lo peor es que no acierto a adivinar quién pueda ser.

—He decidido avisar a la policía —dijo Larry—. ¿Te parece bien? No podemos seguir en esta situación.

—Estoy de acuerdo. Pero tendrás que ir personalmente, Larry. Yo iba a telefonear hace poco, pero los hilos están estropeados… Yo diría que… *intencionadamente* estropeados.

—Iré ahora mismo. Con toda urgencia.

—Llévate a Rosalind. No la dejes aquí, Larry. Podrías no encontrarla con vida.

Aún no se había movido de su sillón.

—A propósito —dijo Cliff tras una pausa—, si yo muriese, mis cuatro brillantes están en mi pitillera. Decírselo a James. Para que se los regale a esa mujer…

—Voy a ir ahora mismo a la policía.

—Sí, Larry —susurró—, vete cuanto antes.

10

Había ya oscurecido.

Lo que se hacía más patente debido a la intensa niebla que lo invadía todo. Una niebla que ahora no estaba hecha jirones, sino que se mostraba densa, compacta, como una cortina de una sola pieza.

Por lo demás, amenazaba una fuerte tormenta. Ya a lo lejos se vislumbraba el resplandor de los rayos.

Aquella atmósfera tensa y electrizante se le había metido a James en los nervios, en las venas, en todo él.

Tanto es así, que no pudo seguir en la biblioteca, ni siquiera en ninguna otra estancia de la mansión.

Se vio precisado a salir.

Y salió a la explanada.

Pero tampoco allí respiraba bien. Le faltaba el aliento. Tal vez no se debía al tiempo, ni a la situación en sí. Quizá es que sus pulmones funcionaban mal.

De pronto se percató de algo…

Sumamente significativo.

Terriblemente elocuente.

Un trozo de la balaustrada había sido desencajada de su sitio. Por lo que, por allí, bastaba un par de pasos para caer por el terrible vacío del acantilado.

No lo dudó un solo instante, aquello lo había hecho la persona que también quería matarle a él…

Y en eso vio que esa persona aparecía entre la niebla.

—¿Tú…? —Se había quedado perplejo, anonadado,

verdaderamente aterrado.

—Yo, sí… —le contestó aquella voz.

Una voz que se le metió en el cuerpo como un desgarro infernal.

Se había quedado como paralizado. No tuvo tiempo de reaccionar. La impresión recibida era demasiado fuerte.

La mano asesina le propinó un brutal y súbito empujón, a causa del cual se precipitó pavorosamente por el abismo.

Había pretendido mantener el equilibrio, no caer en aquel vacío que equivalía a una muerte cierta, pero todo fue inútil.

Gritó horripilantemente mientras iba cayendo, cayendo…

Fue un grito largo.

Muy largo…

Que sólo concluyo cuando su cuerpo dio contra las rocas.

Entonces su cuerpo, que en el vacío había hecho gestos absurdos, ridículos, quedó enteramente inmóvil. Evidenciando una muerte instantánea.

Arriba en la explanada, alguien sonreía siniestramente y se decía para sí:

—Ahora sólo falta Cliff.

* * *

Cliff lloró ante el cadáver de su hermano. Pero luego se dirigió a su dormitorio.

Se puso a buscar ansiosamente, febrilmente. Como si la vida le fuera en ello.

Y la vida no le iba en eso, sino en aquellos pasos cautelosos, sigilosos, que le iban siguiendo.

Siguiendo de un modo implacable.

Finalmente, Cliff encontró lo que buscaba. Eran los cuatro brillantes, que con los otros cuatro que tenía él, formaban los ocho que faltaban al collar de la condesa Mawford, su abuela, para ser completado.

Pero el collar no había aparecido aún.

¿O acaso si…?

Solían asaltarle dudas, recelos, pero tan imprecisos que no sabía ciertamente cómo interpretarlos.

Ya con los brillantes de James en su poder, se dirigió a sus habitaciones particulares, donde sacó de su pitillera los suyos.

Observó en aquel momento, pues, los ocho juntos.

Nunca los había visto así, tan cerca uno de los otros. Por lo menos en sus manos.

Abstraído en aquella contemplación, no oyó que poco a poco se abría la puerta.

Se abría lentamente, sigilosamente, para que el factor sorpresa fuera una buena baza en favor de la persona que se disponía a sorprender.

Y desde luego la sorpresa fue escalofriante, espantosa, monstruosa.

—¿Tú? —Y la terrorífica perplejidad de Cliff dejó empequeñecida la experimentada por su otro hermano.

—Sí, yo —dijo de nuevo aquella voz.

Pero esta vez el vacío insondable del acantilado no estaba junto a Cliff.

No obstante, había un cuchillo afiladísimo, siniestro en la mano que se alzó violentamente.

Y cayó de un modo igualmente violento sobre Cliff.

Este quiso esquivar el golpe, pero no lo consiguió.

El cuchillo fue directo hacia su corazón, desviándose algo, empero, debido a su rápido intento de salvarse.

Pero era aquélla una herida mortal de necesidad. No cabía suponer otra cosa. Su final estaba sentenciado.

Se apoyó en el respaldo de una silla. En una mesita. No consiguió tenerse en pie. Su cuerpo fue deslizándose hasta quedar en el suelo, en una postura absurda.

Sólo entonces murmuró horrorizado, aun sin terminar de dar crédito a lo que veía, el nombre de su implacable enemigo:

—Greta…

—La misma —y la interesada se echó a reír, mientras se hacía más intenso el brillo perverso y maquiavélico de sus ojos verdes.

—Si estabas muerta… —murmuró, y de su herida fluía tanta sangre que ya el suelo se hallaba inundado.

—Nunca he estado muerta. Sólo que… —y seguía riéndose— me he burlado de todos vosotros… ¡Qué sencillo ha sido! Nada ha fallado a mis planes. Desde el primer eslabón de la cadena, todo ha

salido perfecto.

—El pulpo te destruyó, te aplastó…

—No era yo —pero Greta quería recrearse en su triunfo y por eso se ofreció a explicárselo todo detalladamente—. Si quieres, te lo cuento todo desde el principio…

Y así lo hizo, entre la agonía aterradora de Cliff.

* * *

Todo empezó cuando Mirtha le explicó a su amiga Greta la historia de los Mawford; esa historia en la que había un collar radiante, fastuoso, de incalculable valor. Y un pulpo. Un pulpo gigante.

Mirtha le habló también de esa obsesión que Cliff, el hermano de su amante, sentía hacia esa joya que desapareció hacía más de sesenta años.

Mirtha se lo explicó todo por hablar, sin malicia, sin imaginar el impacto que Greta iba a experimentar. Porque Greta era terriblemente ambiciosa y la idea de ese collar se le metió dentro como una irrefrenable obsesión, que hacía pequeña la que Cliff pudiera a su vez sentir.

Decidió fingir que se le estropeaba el coche y pedir cobijo en la mansión. Elegiría una noche de tormenta, para que todo resultara más sencillo y factible.

Buscaba la oportunidad de gustar a Herbert o a Cliff, para el caso era lo mismo. Pero sólo pretendía eso, gustar… Algo parecido a lo que James sentía por Mirtha.

Con la única diferencia que ella, Greta, aprovecharía el transcurso de esa aventura amorosa para penetrar a menudo en la mansión e intentar dar con lo que hasta entonces nadie había dado. Y se las ingeniaría para que las ocasiones no le faltaran.

Y cuidadosa de los detalles, y preparándose para el desenlace de esa historia que ella quería concluir a su manera, hizo que construyeran el pulpo. Lo que para ella resultó sencillo, pues sabía adonde dirigirse. Años atrás, el empresario del circo en el que por entonces trabajaba tenía un número que gustaba bastante. Se trataba de un pulpo de increíbles proporciones, que en medio de

una piscina transparente vencía siempre a otros grandes peces. Los destrozaba implacablemente entre sus ocho tentáculos. Vencía debido a un engranaje mecánico que nunca fallaba. Y Greta pensó que algo parecido podía irle de maravillas, pues los Mawford estaban todos ellos medio sumergidos en el hechizo del pasado. Incluso para que el ardid resultara más impresionante, hizo que al pulpo se le marcara una señal entre ojo y ojo.

Por lo demás, incluso antes de llamar a la puerta de aquella impresionante propiedad hizo ya que el pulpo apareciera en escena. Fue James quien lo vio, cogido a las rocas.

Ella no fue, en aquella ocasión, quien estuvo dentro del falso pulpo.

Fue Cornel. Con quien lo estaba organizando todo. Después, juntos huirían con el fastuoso tesoro. Porque ese collar era como dar con un tesoro.

Pero a Greta todo le fue aún mejor de lo planeado. No sólo gustó a Cliff, sino que éste se enamoró perdidamente de ella, y le pidió que se casaran enseguida.

No lo dudó un solo momento. Se casaría con Cliff. Y así, legítimamente metida en la casa, la búsqueda resultaría mucho más sencilla.

Sería una búsqueda minuciosa, concienzuda. A la larga, no podía fallarle el resultado.

Estaba convencida de ello.

Y así sucedió…

Pero aún entonces, en medio de su inexplicable y desbordante júbilo, le faltó algo para sentirse enteramente satisfecha. Necesitaba también los ocho brillantes restantes.

En realidad, desde el principio supo que iba a necesitar completar la deslumbrante y arrebatadora joya. De eso que ya se preparara convenientemente para todo lo que iba a llegar.

No cabía duda, los fulgores de esos brillantes le dominaban. Era como si una fuerza inusitada, irresistible, le llevara hacia ellos.

Y ya dispuesta a apoderarse de los brillantes sueltos, fue cuando consideró llegado el momento de que apareciera de nuevo el pulpo.

Sí, ya lo creó para eso, para cuando llegara el desenlace. Pues si había muertes, debía buscarse un asesino… que por descontado no fuera ella.

Por eso, precisamente por eso, ella se convirtió en la primera víctima. Aunque también por algo más. Porque concluido el asunto, quería huir y que nadie la buscara jamás. Y para lograr eso, nada mejor que hacerse pasar por muerta.

Cornel la ayudó nuevamente. Fue él quien se metió también en esta ocasión dentro del monstruo marino y quien accionó convenientemente aquellos ocho tentáculos de hierro.

Pero para que ella se hiciera pasar por muerta faltaba un cuerpo de mujer…

No obstante, este pormenor careció de importancia para ellos. Eran personas en todo desaprensivas y refinadamente perversas.

Cornel conocía a una ex compañera que casualmente había ido días atrás a pedirle ayuda. Tenía el cabello muy largo y rubio, muy parecido al de Greta.

No lo dudaron dos veces. Podía servirles perfectamente.

Cornel la adormeció con un poco de cloroformo y luego, en una pequeña lancha motora, la trasladó hasta la gruta. Allí le quitó las ropas que llevaba, poniéndole un traje de baño y un vestido floreado idéntico al de Greta.

Después llegó el momento en que Greta hizo ver que caía en poder del pulpo. Pero fue esa ex compañera de trabajo el cuerpo que el pulpo destrozó, aplastó, hasta dejarlo irreconocible. Desde luego, no se olvidaron de poner en su mano el anillo de casada.

El primer acto, pues, había concluido.

Después le tocó el turno a Herbert. Y ciertamente fue sencillo acabar con él.

Ella misma esperó su regreso de la ciudad, y le dio un golpe en la cabeza, privándole momentáneamente del conocimiento. Luego Cornel le llevó hasta la cala.

Allí, inmóvil, estaba el pulpo.

Greta se metió en su interior y lo accionó.

Aquel mecanismo nunca fallaba.

Tampoco falló entonces.

En consecuencia, los cuatro brillantes fueron a parar a James y Cliff. Rosalind había de renunciar a la parte que le correspondía.

Pero antes de eso, Greta había comprendido que Mike se daba cuenta de que sucedían cosas extrañas a su alrededor y de que Mary, la sirvienta, a su vez, le vigilaba a él con demasiada atención.

A Mike le cerró la boca con unos cuantos billetes. Pero Mary era una sirvienta leal y había de avisar a Rosalind. No le explicaría nada en concreto, no podía hacerlo, pero, desde luego, llegó a prevenirla.

Por lo demás, Greta se vio sorprendida por la propia Mary, a pesar de que, con las llaves sustraídas, podía entrar y salir de la casa sin necesidad de ayuda ajena. Fue entonces cuando Greta le dijo que si la delataba la mataría sin contemplaciones.

Mary juró que callaría, pero Greta temió que terminara de estropeárselo todo y decidió acabar con ella.

Tampoco le costó. Usó el mismo procedimiento que le sirvió con Herbert. Un golpe en la cabeza. Pérdida momentánea del sentido. Después, Cornel se la llevó hasta la cala. Allí fue el pulpo el que acabó con la faena.

Entonces Greta no sabía que allí en la gruta, cuando ella entró a buscar el pulpo, se hallaban Larry y Rosalind.

Lo supo o lo sospechó después, cuando vio el vestido de la muchacha sobre la arena de la cala.

Pero no se preocupó excesivamente. En la gruta la oscuridad era absoluta. No podían haberle reconocido.

En fin, se decidió a seguir su camino. Y con rapidez…, pues todos empezaban a sospechar algo. Aunque algo inconcreto.

A James le suprimió sin dificultad. Un fuerte golpe y cayó por el vacío que formaba el acantilado.

Y ya estaban los ocho brillantes en poder de Cliff.

Pero antes, bastante antes de todo esto, otros crímenes… El de aquella pobre niña llamada Patty, ciega… La que trabajaba en el circo, vendiendo bombones.

Había oído lo que en cierta ocasión habló Cornel con Greta, y esto resultaba excesivamente comprometedor.

Cornel le dijo que callara, que no lo dijera a nadie, y Patty le prometió formalmente que no lo diría. Pero Cornel no estaba tranquilo y decidió eliminarla. Por eso la metió en la jaula de los tigres, luego de asegurarse de que éstos se hallaban hambrientos…

En cuanto al hombre que daba la carne a las fieras, murió estrangulado. También de esto se encargó Cornel.

* * *

—Y ahora morirás tú… —dijo Greta, siniestramente—, y yo me llevaré los brillantes. Podré completar el collar.

Cliff estaba agonizando entre gemidos entrecortados. Le rodeaba tanta sangre, que parecía mentira que en sus venas pudiera quedar aún alguna gota.

—¿Dónde estaba el collar?… —preguntó, pero apenas se le entendió porque se ahogaba—. ¿Dónde lo encontraste?…

Sabía que iba a morir. Sabía que su existencia no se prolongaría más de un par de minutos. Pero no quería morir sin saberlo.

—En el mismo cuadro, dentro del marco —le informó Greta—, en una esquina. Parecía madera compacta, y lo era, pero había un vacío, si bien perfectamente taponado. Allí estaba el collar —y con un gesto de envanecido orgullo—: ¿Quieres que te lo enseñe? Lo llevo puesto.

—Sí, enséñamelo…, enseña… —pero no pudo añadir nada más, porque por la boca le salió una bocanada de sangre.

—¡Míralo! ¡Míralo!

Se desabrochó el vestido, que era cerrado hasta el cuello. ¡Y entonces apareció aquella deslumbrante y fastuosa maravilla!

—Lo llevo encima. Siento un goce infinito… Pero le faltan los ocho brillantes… Aquí están…

Los cogió. Ya los tenía todos.

—Y ahora —dijo—, adiós, Cliff… No te doy otra cuchillada porque sé que vas a morir de un momento a otro. Si no estuviera segura, te remataría. Ahora me voy… Me escapo de aquí, antes de que nadie me vea… Antes de que llegue la policía… De todos modos, la policía aún tardará. Han de llegar Larry y Rosalind… No han podido telefonear. Yo estropeé los hilos —y agregó—: Cornel me está esperando cerca de la cala, con la lancha motora. Dentro de un cuarto de hora estaremos ya muy lejos de aquí.

Creía que Cliff ya no podía hablar.

Pero sí pudo.

—No conseguirás huir… —susurró, y su voz fue una maldición —. El pulpo lo impedirá… Volverá a repetirse la historia… No conseguirás huir…

—¡Imbécil! —barbotó Greta—. ¿No te he dicho que el pulpo era falso?

—No conseguirás huir… —repitió.

Y de nuevo fue como si le estuviera maldiciendo.

Greta retrocedió, hasta llegar de espaldas a la puerta. Por primera vez, se sentía atemorizada…

Cliff se derrumbó enteramente sobre las baldosas. Acababa de morir.

Ella respiró hondo, queriendo desprenderse de aquella desagradable impresión experimentada.

Al poco, descendía a través de la niebla hacia la cala. Donde Cornel estaría esperándola.

Pero al llegar no le vio.

Pensó: «Debe estar un poco más lejos. La niebla me impide localizarle».

—¡Cornel! —gritó—. ¡Estoy aquí! ¡Acércate!…

Ella no podía saber que Cornel estaba muerto, junto a los restos de una lancha motora, que había sido volcada y destrozada.

Greta se metió en el agua, hasta que ésta le llego más arriba de las rodillas. Para facilitar el trabajo a Cornel. No, no sabía que sólo era ya un cadáver.

Y en eso, horrorizada, despavorida, Greta vio que allí mismo había un terrible pulpo.

¡Un pulpo verdadero!

Gritó con todas sus fuerzas.

Entonces comprendió por qué Cornel no había respondido a su llamada.

El pulpo adelantó sus tentáculos y la cogió por las piernas. No tuvo tiempo de retroceder.

Sí, primero la cogió por las piernas. Luego, por los brazos, y después le enroscó el cuerpo.

Volvió a gritar en el colmo del paroxismo…

El pulpo la hundió en el agua. Y allí la destrozó sin piedad. La aplastó sin contemplaciones.

Un rato después, las olas dejaban sobre la fina arena de la cala los reflejos y los brillos cegadores de unos brillantes maravillosos.

También, el cadáver de Greta…

* * *

La policía había llegado.

Con ellos, Larry y Rosalind.

—Era Greta —murmuró horrorizada la muchacha—. ¡Pobres hermanos míos!

—También te hubiera destruido a ti —dijo Larry—, de estar en tu poder algunos de esos brillantes.

—Sí —asintió Rosalind—. No cabe duda, te debo la vida.

—Esa vida que vas a compartir conmigo…

F I N